

COLOQUIOS DE INVESTIGACION CUALITATIVA

DESAFÍOS EN LA INVESTIGACION
COMO RELACION SOCIAL

Horacio Luis Paulín y Maite Rodigou Nocetti
Coordinadores editoriales

Coloquios de investigación cualitativa: desafíos en la investigación como relación social

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo financiero recibido de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba.

Maite Rodigou Nocetti

Coloquios de investigación cualitativa : desafíos en la investigación como relación social / Maite Rodigou Nocetti y Horacio Luis Paulín ; compilado por Maite Rodigou Nocetti y Horacio Luis Paulín. - 1a ed. - Córdoba : Socialex, 2013.

112 p. ; 25x17 cm.

ISBN 978-987-45253-0-7

1. Psicología. 2. Actas de Congresos. I. Paulín, Horacio Luis II. Maite Rodigou Nocetti, comp. III. Paulín, Horacio Luis, comp.

CDD 150

Fecha de catalogación: 21/11/2013

Diseño de Tapa: Lorena Díaz

Diseño interior: Mariano Giuliano

Universidad Nacional de Córdoba, 2013

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial, así como su traducción, almacenamiento y transmisión por cualquier medio, sin consentimiento previo, expreso y por escrito; de los depositarios legales de la obra.

Impreso en Argentina.

SUMARIO

Prólogo. ¿Con quiénes y cómo construimos conocimientos en la investigación cualitativa?

Horacio Luis Paulín y Maite Rodigou Nocetti..... 5

Producciones narrativas: una propuesta teórico-práctica para la investigación narrativa

Joan Pujol y Marisela Montenegro..... 15

Encrucijadas ético-políticas en la construcción del conocimiento. Reflexiones a partir de una experiencia de investigación en una villa de Córdoba

María Elena Previtali 43

Travesías con otros: reflexiones en torno a experiencias de investigación con jóvenes cordobeses

Andrea Bonvillani 54

Violencias contra las mujeres. (De)construir discursos a partir de una técnica de investigación: los grupos de discusión

Maite Rodigou Nocetti 63

Argentina, un país en movimiento... Perspectivas de análisis, experiencias de movilización social y recursos metodológicos

Marcela Alejandra Parra 88

PRÓLOGO: ¿CON QUIÉNES Y CÓMO CONSTRUIMOS CONOCIMIENTOS EN LA INVESTIGACIÓN CUALITATIVA?

COLOQUIOS DE INVESTIGACIÓN CUALITATIVA. DESAFÍOS EN LA INVESTIGACION COMO RELACION SOCIAL reúne las exposiciones presentadas en el Segundo Coloquio de Investigación Cualitativa realizado en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Córdoba el 9 de noviembre de 2012. En la presentación hicimos referencia a un artículo de Esther Wiesenfeld publicado en el año 2000¹ en el que, si bien planteaba la consolidación creciente de la Investigación Cualitativa en la Psicología Social -luego de la llamada *post crisis* de la disciplina en la década de los 70- proponía también una suerte de examen crítico de la práctica de investigación cualitativa para analizar qué tanto superaba las críticas habituales que recibe la investigación cuantitativa en cuanto a cómo concibe la relación investigador/a-sujeto.

Por críticas habituales consideramos aquellas que dicen que los abordajes metodológicos pospositivistas en Ciencias Sociales y en Psicología se constituyen en una “retórica de preguntar, investigar, publicar, que intenta evitar sesgos de género, raza, clase social, en aras de la neutralidad científica” (Wiesenfeld, 2000: párr. 5) cuidando la posible “contaminación” de la persona que investiga con la vida social de las otras personas. El ícono de esta forma de investigar se condensa en los *papers* que se rigen ciegamente por las normas de publicación de la American Psychological Association (APA) con su estilo impersonal donde el investigador se excluye del texto dando supuestamente por ello mayor impresión de objetividad.

1 Wiesenfeld, Esther (2000, Junio). Entre la prescripción y la acción: La brecha entre la teoría y la práctica en las investigaciones cualitativas [63 párrafos]. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research [On-line Journal]*, 1(2). Disponible en <http://qualitative-research.net/fqs/fqs-e/2-00inhalt-e.htm> (Fecha de Acceso: 2011, agosto, 31).

En dicha comunicación la psicóloga social venezolana resume las características más relevantes de cómo se asume la relación investigador/a-informante en la investigación cualitativa desde un rastreo de los principales referentes en el campo tales como Norman Denzin, Janice Morse, Michael Billig, entre otros.

Según su lectura, la investigación cualitativa favorece el estudio de los procesos en el *ambiente natural*, en tanto se sostiene que los *procesos son inseparables de su contexto* y por tanto su comprensión se funda en las historias personales, géneros y etnias de las personas. Los procesos en estudio son interpretados a partir de las significaciones que la gente construye sobre ellos. Por ello entramos a jugar una relación de tensión entre las categorías de la ciencia y el conocimiento del sentido común de los informantes. Además, se niega cualquier posición privilegiada del investigador en la interpretación de los fenómenos estudiados ya que se asume que la misma es *multivocal y dialógica*, construida desde los diferentes actores, incluyendo las del/la investigador/a (Wiesenfeld, 2000: párr. 24).

De esta forma la investigación cualitativa es concebida como un proceso relacional donde el conocimiento producido se asienta en la posibilidad de la colaboración y el trabajo compartido con los actores sociales, es decir, resultados y hallazgos son productos negociados y co construcciones.

Sin embargo, Wiesenfeld nos invita a la autocrítica cuando dice que en muchas publicaciones producto de investigaciones cualitativas, “Resulta llamativo que la voz del otro que se intenta rescatar se canalice a través de fuentes que se limitan a la lectura de dichas experiencias, sin que la misma se traduzca en acciones reivindicativas. Es decir la voz se recupera para quedar nuevamente silenciada entre los lectores de los textos científicos en los que estas experiencias se reportan y queda circunscrita al entorno de estos agentes” (2002: párr. 38).

En una comunicación que titulamos “*Investigación cualitativa: Construcción y reflexividad*”² realizábamos una primera distinción entre metodología cualitativa e investigación cualitativa. La primera se focaliza en las técnicas de recolección y análisis de los datos, reduciendo lo cualitativo a una dimensión instrumental; la segunda señala un posicionamiento en los presupuestos ontológicos y epistemológicos que adoptamos, la postura desde la cual se problematiza el objeto de investigación y la consideración ético - política de quiénes participan en la investigación. También asumíamos que en las investigaciones cualitativas hay coincidencia en que la realidad es múltiple, en tanto que realidad significada por los sujetos, y más aún, construida intersubjetiva, social e históricamente

Por ello consideramos que reflexionar sobre la definición de la investigación como *relación social* entre los distintos sujetos que participan en ésta es crucial en la dirección de los procesos de construcción de conocimiento y en las decisiones que se van tomando en ellos. No podemos dejar de reconocer cómo impactan nuestras formas de posicionarnos en los problemas, demandas y malestares que surgen del encuentro /desencuentro con otros/as en la investigación, ya que asumimos que no hay neutralidad ni en el conocimiento producido ni en sus aplicaciones. En tanto relación social, está conformada en cierta manera por los contextos sociales e institucionales en los que se mueve la investigación, y por los presupuestos sobre los problemas psicosociales “legítimos” a indagar así como sobre los sujetos, grupos, comunidades o “territorios” con los que nos encontramos en nuestras investigaciones. Encuentros que impactan y redefinen la relación social a la que remite la investigación académica donde las pautas se estructuran unidireccionalmente. La presencia de los otros configura otra instancia que es ineludible: el diálogo.

2 Rodigou Nocetti Maite y Paulín Horacio (2009). “Investigación cualitativa: Construcción y reflexividad”, *Revista Tesis* 1, 139- 159. Facultad de Psicología UNC. Córdoba, Disponible en: http://revistas.unc.edu.ar/index.php/tesis/article/view/297/pdf_18

Por todo ello decidimos centrar el II Coloquio de Investigación Cualitativa en el eje “Construir conocimientos *con*, desafíos en la investigación como relación social”. Los siguientes interrogantes fueron la excusa inicial para convocar a las investigadoras invitadas:

- ¿Qué está sucediendo en las investigaciones cualitativas con respecto al desafío de investigar *con*...? ¿Cuál es el lugar de los distintos sujetos que participan en las prácticas de investigación?
- ¿Se han superado las críticas señaladas a las posturas neopositivistas en cuanto a la consideración de los “sujetos investigados” como mero objeto de investigación?
- ¿Cómo se expresa la subjetividad del/la investigador/a en el encuentro con “otros” en el trabajo de campo? ¿Cómo se asume la diversidad y singularidad de los participantes, sus deseos, sus posiciones e intereses?
- ¿Se incorpora en los informes la voz de los sujetos, incluyendo la del/ la investigador/a, la interacción entre ambos, el análisis e interpretación de la información?
- ¿Qué tipo de prácticas lingüísticas son empleadas por el/la investigador/a al presentar sus hallazgos? ¿De quién/quienes se asume que *es* la investigación? ¿Hay propiedades intelectuales compartidas?

Este fue el marco de cuestiones en que situamos la solicitud a las expositoras a participar en este II Coloquio desde la reflexión de sus prácticas de investigación en Psicología Social.

La primera contribución es de Joan Pujol y Marisela Montenegro, profesores del Departamento de Psicología Social de la Universitat Autònoma de Barcelona que participaron por video conferencia en el II Coloquio de Investigación Cualitativa. En “Producciones narrativas: una propuesta teórico-práctica para la investigación narrativa” definen a ésta última como la práctica de “recoger historias sobre las experiencias y sentidos” que se dan al mundo por parte de los actores sociales.

Las narrativas son entendidas como unidades de significado complejas que dan cuenta de nuestra vida pasada y presentan opciones de futuro, están ancladas en nuestra historia cultural y no son adjudicables a los sujetos aislados. Al ser construidas por nosotros, nos constituyen y tienen efectos de lectura diversos por quienes las escuchan. Por ello se entiende el énfasis puesto en la investigación narrativa en dar valor a quien narra, su perspectiva y cómo se posiciona, lo cual permite conocer posibles formas de agencia presentes en la construcción de una narrativa, las distintas comprensiones sobre un fenómeno y también qué futuro se advierte en esa construcción.

Las autoras advierten sobre el uso laxo del término narrativas y se proponen mostrar como las posibilidades de la narrativa en la investigación social dependen del marco conceptual en que nos posicionemos. Para ello, en este artículo recorren diversos antecedentes teóricos para posicionarse luego desde la perspectiva dialógica de Bajtín, entendiendo que las narrativas no son productos personales sino producciones en relación con las distintas posiciones de sujeto que las posibilitan, en este caso, entre la investigadora y el participante. En este posicionamiento se asume responsabilidades con quienes se participa y se está atento a las relaciones de poder presentes en los territorios de trabajo. Asimismo, el diseño de investigación toma en cuenta las posiciones de sujeto que se ocupan y desde el concepto de *articulación*, de Laclau y Mouffe, se sitúan en la investigación en pos de una “política de coalición con otras formas de vida en que se transforma el sujeto que se articula para generar nuevas formas liberadoras de vivir” que permiten reconsiderar el aparato conceptual de partida, modificarlo o simplemente incluir otras versiones del mundo junto a las propias. “Comprensiones mutuas y diversas” y subjetividades múltiples hallarán lugar en el informe de investigación más que la presencia del autor y la versión objetiva de la realidad social. Por ello dicen que la investigación debe responder a las preguntas *con quién, cómo y para qué* nos articulamos, lo cual remite a las posiciones de sujeto con los que nos enredamos en las prácticas de

investigación que establecemos. Finalmente, reflexionan sobre su práctica de investigación, proponiéndonos una guía general para la producción de las prácticas narrativas y sus implicancias en los debates ético-políticos del uso que hacemos en la investigación de la información que elaboran los participantes, el problema de las autorías y las derivaciones del análisis de las narrativas.

A continuación, en el artículo “Encrucijadas ético-políticas en la construcción del conocimiento. Reflexiones a partir de una experiencia de investigación en una villa de Córdoba,” María Elena Previtali analiza tres dimensiones presentes en todo proceso de investigación en clave de encrucijadas de orden ético-político: la elección del problema de estudio, las metodologías utilizadas, y la presentación y difusión de resultados. Respecto de la primera encrucijada, deconstruye la ficción individualista de la elección del problema de investigación, resaltando el impacto de los contextos tanto institucionales como sociopolíticos. Al mismo tiempo, reflexiona cómo ciertas formas de pensar conceptualmente el problema y de delimitar el campo empírico del mismo, responden a las nociones hegemónicas con las que se construye a los sectores subalternos de nuestra sociedad. De ahí recupera la necesidad de atender marcos conceptuales desde lo que se configura el problema y de documentar las relaciones y prácticas sociales que observamos. La segunda encrucijada refiere a las metodologías con las que pretendemos acercarnos a los sujetos que viven en “otros mundos culturales”, como dice Malena, reconociéndose en una alteridad ajena a la realidad local que investiga. Atender a los propios modos de comunicar de los sujetos significa compartir los espacios de vida cotidiana en que desarrollan sus actividades y se relacionan con otros. Finalmente, la tercera encrucijada que nos presenta se refiere a la responsabilidad política que nos cabe en la presentación y difusión de resultados cuando requieren nuestra opinión como “expertos”, especialmente los espacios mediáticos. De esta forma, se pregunta de qué manera podemos contribuir a abrir un espacio de interrogación y de pensamiento sobre las maneras de pensar sobre algunos sectores sociales o algunos sujetos ubicados en posiciones

subalternas en nuestra sociedad, o las uniformidades y las naturalizaciones que se han operado sobre algunas problemáticas como la violencia o la pobreza, que suponen realidades psicosociales y culturales más complejas. Apuesta a que nuestra labor posibilite formas de acercamiento menos estigmatizantes y más dialógicas en nuestra sociedad.

En el texto “Travesías con otros: reflexiones en torno a experiencias de investigación con jóvenes cordobeses”, Andrea Bonvillani recupera, en la línea de investigación que viene transitando desde hace varios años respecto de la vinculación subjetiva de colectivos juveniles con lo político, su forma de investigar entendida como “acompañar al otro” en los procesos psicosociales por los que damos sentido y construimos nuestras vidas. En este acompañar, la investigación se vuelve trabajo *con* otros, y básicamente, conversación. La autora se detiene en lo que ha significado para ella investigar con otros y otras, y reconstruye escenas de sus trabajos de investigación, donde los cuerpos cobran una presencia central en dicha relación. Así, en la primera escena se muestra lo social hecho cuerpo, el *habitus* de clase de la investigadora en la corporalidad del miedo frente a jóvenes pobres y estigmatizados. En la segunda escena, el cuerpo conmovido de la investigadora frente al sufrimiento de otra mujer, abre el interrogante de la posibilidad de reconstruir el sentido de la experiencia de los otros. Y finalmente, la última escena supone la revisión de las posturas que pretenden “dar voz” a los oprimidos, postulándose la construcción de una relación dialógica donde sea posible la inclusión de todas las voces y de una escucha recíproca. De esta forma, cada una de las escenas se plantea como un ejercicio de reflexividad sobre las propias implicancias subjetivas en el trabajo de investigación, a modo de viñetas disparadoras de un debate más amplio.

En “Violencias contra las mujeres. (De)construir discursos a partir de una técnica de investigación: los grupos de discusión”, Maite Rodigou Nocetti reflexiona acerca la posibilidad de la deconstrucción crítica de discursos sociales hegemónicos sobre la violencia contra las mujeres. A la vez, trata de determinar el

potencial de ciertos dispositivos de investigación, como el grupo de discusión, para la generación de otros discursos que disputen los sentidos hegemónicos y la eventual capacidad de agencia de los sujetos que habitualmente se sostiene promover en la práctica de investigación cualitativa.

Luego de un recorrido sobre los grupos de discusión como técnica de construcción de datos en la investigación social, Maite define su especificidad en tanto espacio de identificación de lo colectivo, encuentro intersubjetivo de negociación de significados y lugar de expresión de disensos, consensos y conflictos. En cuanto al análisis del material producido en los grupos de discusión se destacan las precisiones que realiza acerca de un primer análisis temático desde las categorías previas del guión de discusión para pasar a un análisis de categorías emergentes desde el Método Comparativo Constante siguiendo la tradición de Glaser y Strauss. No obstante, para evitar la descontextualización excesiva que el análisis temático puede generar, postula que si se complementa con la reconstrucción de las líneas argumentales que se dieron en cada uno de los grupos de discusión se contribuye a identificar *núcleos principales de confrontación y disenso* en cada uno de los grupos como aporte sustantivo para dar cuenta de la dimensión simbólica de los procesos de violencia a las mujeres.

En su comunicación reconstruye e ilustra una de las categorías emergentes del análisis de datos: los “mecanismos de invisibilización” de la violencia contra las mujeres, a través de algunos de ellos como por ejemplo, la *naturalización de actitudes y comportamientos sexistas* basados en estereotipos de género, la *relativización del daño*, la *responsabilización* a las mujeres y la *patologización*, entre otros. Finalmente postula el efecto performativo del discurso producido en los espacios conversacionales con fines investigativos - en tanto discursos producidos frente a otros presentes y otros como audiencia social más amplia - ilustrando cuando en ellos mismos no sólo se expresan sino que se construyen, producen o transforman posiciones de dominación y subordinación de las mujeres. Sostiene por último que en esta técnica de investigación,

como en otras, se pone en marcha un proceso de reflexividad de las personas participantes, al que accedemos parcialmente y que se desatiende en general; y la necesidad de reconocer el interés de sujetos y grupos en participar de la investigación como elemento de transformación.

Marcela Parra en el último artículo, “Argentina, un país en movimiento... Perspectivas de análisis, experiencias de movilización social y recursos metodológicos”, reflexiona acerca de las potencialidades y los límites presentes en las perspectivas de análisis construidas, las experiencias de movilización social con las que se dieron ciertas articulaciones y la investigación militante en tanto posicionamiento teórico-metodológico asumido. Su contribución nos ayuda a avanzar en la consideración crítica en torno a cómo concebimos al *otro* en la investigación.

Para Marcela la investigación es una producción de formas de conocer y de hacer que tienden a construir, desde situaciones concretas, el mundo que soñamos y es en ese sentido que habla de *investigación militante*. Dicha forma de investigación, en tanto posición ético-política, tiene como presupuestos principales *el compromiso con la transformación social* y *la consideración del otro como compañero de lucha*. Inspirada en esta concepción, desarrolla un trabajo de investigación en torno a algunas experiencias de movilización social en Argentina en el año 2001, el cual constituye su tesis doctoral en Psicología Social en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Al asumir al sujeto como una categoría analítica productiva desde sus tensiones fundamentales, es decir, “un sujeto enraizado en condiciones materiales de existencia que no determinan pero condicionan; un sujeto dividido/barrado/inconsciente/sujetado (aunque siempre parcialmente); un sujeto atravesado por relaciones de poder; un sujeto que se mueve entre la tensión entre sujeción y agencia; un sujeto relacional que se constituye a partir del otro; un sujeto fragmentado y contradictorio cuyo lugar de emergencia es ambiguo”, Marcela Parra analiza diferentes sucesos y procesos en Argentina donde se advierten ciertas potencias de transformación

social en las articulaciones establecidas. Para ello recorre las Asambleas Barriales surgidas del “¡Que se vayan todos!” del 2001, las experiencias de trueque, los movimientos de trabajadores desocupados y los procesos de recuperación de fábricas y empresas de Córdoba y Neuquén.

Finaliza su trabajo recuperando “lo valioso y doloroso” que es aprender la dimensión no idealizada de ese “otro” que participa de los procesos sociales no como un “objeto” sobre el que se investiga, sometido a nuestra voluntad sino un sujeto que “nos interpela, nos cuestiona, nos coapta, nos desilusiona, nos hace esperar...”

Por último, nos queda agradecer muy especialmente toda la disposición y el trabajo de las y los investigadores participantes del Coloquio, que transformaron sus exposiciones en artículos para que fueran parte de esta publicación.

Esperamos que esta nueva edición de Coloquios nos permita proseguir en la transmisión de esta forma de entender la investigación como construcción de conocimiento que aporta a la transformación de realidades sociales y culturales coercitivas e injustas, y como empresa colectiva en la que somos unos partícipes más. La investigación, así, es un trabajo *con* otros que se desarrolla en un determinado contexto social, histórico e institucional, en el que nos hemos situado de una manera específica. Como decimos en la primera publicación de *Coloquios*³: “desde la interpelación de saberes en el encuentro con los otros buscando la transformación colectiva de las prácticas sociales”.

Horacio Luis Paulín y Maite Rodigou Nocetti
Córdoba, setiembre 2013

3 *Coloquios de investigación cualitativa: subjetividades y procesos sociales* / coordinado por Maite Rodigou Nocetti y Horacio Paulín.- 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, 2011.

PRODUCCIONES NARRATIVAS: UNA PROPUESTA TEÓRICO-PRÁCTICA PARA LA INVESTIGACIÓN NARRATIVA

JOAN PUJOL* y MARISELA MONTENEGRO**

La perspectiva narrativa

Que el aprendizaje, desarrollo y constitución del ser humano tiene que ver con la participación en la realidad social es algo que sostienen las perspectivas derivadas del constructivismo social y del socioconstruccionismo (Berger y Luckmann, 1966; Vigotsky, 1978; Gergen, 1985; Ibáñez, 2001). La realidad social es de carácter simbólico y discursivo, y la perspectiva narrativa parte de la premisa de que muchos de los géneros discursivos son episodios de una “historia de vida” que da sentido a la persona y a la realidad social que la constituye en un contexto de debates y controversias sociales (Billig, 1991; Taylor, 2007). La forma en que las personas dan sentido narrativo a los episodios vitales ha sido un elemento central de las teorías clásicas en Psicología Social y de la Comunicación tales como, por ejemplo, la psicología ingenua y el posterior desarrollo de la teoría de la atribución y del equilibrio cognitivo (Heider, 1958), la teoría de la convergencia simbólica (Borman, 1974), las teorías de las actitudes y la persuasión (Hovland, Janis y Keller, 1970), la teoría del intercambio social (Thibaut y Kelley, 1969) o el interaccionismo simbólico (Mead, 1934; Blumer, 1986). Se trata de teorías que nos hablan de los mecanismos por los cuales las personas adoptan ciertas formas de dar cuenta del mundo que les

*Profesor titular del Departamento de Psicología Social de la Universitat Autònoma de Barcelona. Miembro del grupo “Fractalidades en Investigación Crítica” y co-coordinador del Máster en Investigación e Intervención Psicosocial de la UAB. Correo electrónico: joan.pujol@uab.cat

**Profesora del Departamento de Psicología Social de la Universitat Autònoma de Barcelona, Miembro del grupo “Fractalidades en Investigación Crítica” y co-coordinadora del Máster en Investigación e Intervención Psicosocial de la UAB. Correo electrónico: marisela.montenegro@uab.cat

rodea, pero no precisan el contenido mismo de estas narrativas. Las perspectivas más clásicas, exceptuando quizá al interaccionismo simbólico, nos ofrecen una narrativa muy estilizada y se dedican a dar cuenta de las condiciones en las que esta narrativa es adoptada por una persona o grupo de personas. Se trata de narrativas simples que refuerzan un valor fundamental: el equilibrio psicológico, la co-orientación, el consenso, el beneficio mutuo, la coherencia entre la mente y la acción o la identificación. En nuestra cotidianidad nos encontramos, sin embargo, que nuestra experiencia se articula y organiza en unidades de significado más elaboradas, que incluyen distintos valores, a veces contradictorios, y que, en función de la audiencia, causan adhesión o rechazo; dan cuenta de nuestras acciones y de las acciones de las demás personas. Las narrativas son una de estas unidades significativas ancladas en nuestra historia cultural que organiza nuestra experiencia pasada y define las posibles acciones de futuro. Las narrativas, por otra parte, no son una producción individual aislada del contexto cultural en que nos encontramos: son producciones que reproducen, cuestionan, alimentan, transforman, ironizan... el contexto sociocultural en que se producen. Las narrativas que construimos y que nos constituyen tienen efectos de realidad a la vez que pueden ser interpretadas y leídas de distintas maneras. Podemos incluso llegar a afirmar que no existen personas que no tengan alguna forma de narrativa que dé sentido a sí misma y al entorno que le rodea (Polkinghorne, 1988).

Recoger las historias sobre las experiencias y sentidos que se da al mundo es una de las tareas de la investigación narrativa (Gudmundsdottir, 2001). Un elemento común de las diversas formas de afrontar este tipo de investigación es el énfasis en dar valor a la perspectiva de quien participa (Ollerenshaw y Creswell, 2002); una tarea que nos ha de permitir, dependiendo de la perspectiva que adoptemos, identificar formas de agencia de los actores sociales, recoger distintas comprensiones sobre un fenómeno

determinado, o explorar futuros posibles que se derivan de una cierta forma de narrar el mundo. En este sentido, nos encontramos frecuentemente con un uso laxo del término “narrativa” que, en ocasiones, se usa como sinónimo de “historia de vida” (Goodson, 2004). Por otra parte, la perspectiva narrativa es considerada como un método de investigación cualitativo (Clandinin y Connelly, 2000; Gudmundsdottir, 2001), como un marco de referencia que da cuenta de la producción y transformación de la realidad social o como ambas cosas a la vez (Clandinin y Connelly, 2000). El uso y posibilidades de la narrativa dependen, por tanto, del marco conceptual en que nos situemos, y una breve aproximación a los marcos generales en que podemos situar el trabajo narrativo nos permitirá, posteriormente, dar sentido a la propuesta concreta que se presenta en este trabajo.

Antecedentes teórico-filosóficos de las producciones narrativas

Un primer aspecto a considerar es la difícil relación de la perspectiva narrativa con las posiciones que defienden una concepción referencial del lenguaje. En este sentido, la narrativa ha sido tradicionalmente cuestionada desde la filosofía analítica al considerar que sólo ciertas afirmaciones, aquellas a las que puede ser asignado un valor de verdad a través de la evidencia empírica, son válidas. Esta visión referencial del lenguaje ha sido abiertamente cuestionada por los filósofos post-analíticos (MacIntyre, 1981; Rorty, 1980, 1991; Bernstein, 1983), que incorporan de una u otra forma la noción wittgensteiniana de “juegos de lenguaje” (Wittgenstein, 1972). Rorty, por ejemplo, sitúa a la conversación como el “contexto último en que debe comprenderse el conocimiento” (Rorty, 1980:38); MacIntyre señala que la narrativa es un género esencial para caracterizar la acción humana (MacIntyre, 1981: 194-200); o Bernstein apunta, como forma de ir más allá del debate

sobre el problema del fundamento empírico de las afirmaciones, el promover y alimentar las formas de vida comunicativa encarnadas en nuestras prácticas cotidianas (Bernstein, 1983: 226-229).

La perspectiva estructuralista, por otro lado, analiza la narrativa como un género discursivo. La “narratología” (Andrews, 1973) rompe con la perspectiva referencial del lenguaje y la considera en términos de la apertura interpretativa que ofrece (Barthes, 1977). La perspectiva estructuralista considera que el lenguaje es auto-referente, en el sentido que no hay un objeto exterior que permita asignar un valor de verdad a una determinada sentencia. Esto es debido a que cualquier “prueba” que refute una “sentencia determinada” se realiza dentro de un “sistema lingüístico”; es decir, es un objeto dentro del sistema del lenguaje. En este sentido, todos los hechos son accesibles en términos de construcciones lingüísticas (Valesio, 1980:113). Las perspectivas post-estructuralistas reafirman la dificultad no sólo de definir un “referente” sino incluso de dotar de “significado” a no ser a través del uso concreto en un contexto determinado (Derrida, 1972).

Desde la perspectiva crítica, vivimos en un conjunto de narrativas ideológicas que nos apartan de una consciencia de la realidad que nos rodea, por lo que nuestra tarea debería consistir en desenmascarar estos elementos ideológicos. La teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas (1983) realiza una crítica a la racionalidad cognitivo-instrumental y propone una racionalidad comunicativa. Desde esta perspectiva podemos considerar a la narrativa como expresión de una estrategia argumentativa que pretende cierta validez. Esta comunicación sería posible en unas condiciones ideales de “simetría y falta de coerción”.

La tradición hermenéutica está influenciada por la idea de que la persona es un ser meditabundo en contraposición a la noción de que es un ser calculador en términos de beneficios y resultados (Heidegger, 1962). La perspectiva gadameriana sitúa al lenguaje como elemento constitutivo del ser humano (Gadamer, 1976). Desde esta perspectiva, la “fusión de horizontes” da respuesta a la

posibilidad de producir conocimiento situándose entre el objetivismo (objetivación del otro) y el conocimiento absoluto (un único horizonte de comprensión). La interpretación, como señala Gadamer (1976), se produce por la distancia con otro horizonte; damos sentido a nuestra realidad social a partir del movimiento de nuestra posición hacia un nuevo horizonte, fusionándose ambos. La metáfora de la “fusión” implica considerar la tensión en términos de semejanza-diferencia de la relación con otras posiciones de conocimiento. Cada posición de conocimiento implica de este modo un determinado horizonte de comprensión, un horizonte que debe ser reconocido en tanto que posibilidad de poder conocer. La narrativa, en este sentido, puede ser entendida como una fusión de horizontes, una interrelación entre distintas posiciones de conocimiento que genera un relato desde una posición que reconoce un otro horizonte al cual se dirige. Fusión también necesaria en el proceso de lectura de la narrativa, en que la comprensión debe necesariamente partir del horizonte de la lectora para imbuirse en el horizonte abierto por la producción narrativa. La distancia entre horizontes, la incompreensión inicial del “otro” en tanto que situado en una posición de conocimiento distinta, hace necesario un acto interpretativo que dé cuenta de la misma. Es en este sentido que podemos llamar a la distancia entre posiciones de sujeto como una “distancia productiva” de conocimiento, conocimiento que se manifiesta en el recorrido realizado respecto la mirada inicial frente al fenómeno abordado. Conocimiento que necesariamente parte de un pre-juicio previo, de una posición inicial que es transformada en el proceso de fusión. En esta tradición, Paul Ricoeur presta atención a la narrativa como elemento constitutivo de nuestra condición histórica, y que “el mundo de ficción nos lleva al centro del mundo real de la acción” (Ricoeur y Thompson, 1981: 296). Una radicalización de las ideas de Ricoeur nos lleva a que incluso el discurso científico y técnico es una forma de literatura que trabaja con la metáfora y el mito y que contiene tramas espaciales y temporales (Fisher, 1985: 356).

Narrativas y perspectiva dialógica

Varios elementos del trabajo de Mikhail Mikhailovich Bakhtin⁴ (en Bakhtin, Holquist y Emerson, 1986), en el contexto de una comprensión semiótico-material de la realidad social, han tenido una fuerte influencia en el desarrollo de la perspectiva narrativa que se presenta en este trabajo, por lo que vamos a detenernos con un poco más de atención sobre esta perspectiva. Este autor considera que la acción humana es dialógica por naturaleza en el sentido de que cualquier enunciación se produce en un contexto social, hace referencia a este contexto social y es constituida por el mismo. Una enunciación que se dirige a una posición de sujeto determinada; una posición de sujeto que puede encarnar también un sujeto colectivo. En este sentido es posible, por ejemplo, que nuestra enunciación se dirija a un ámbito privado o público. Esta enunciación, por otra parte, es producida por otra posición de sujeto o, en palabras de Bajtín, una “voz”. La interacción entre voces a través de la enunciación genera comprensiones y significados, una interacción enmarcada en la relación entre posiciones de sujeto. En otras palabras, una posición de sujeto se conforma en función de la posición a la que la enunciación se está dirigiendo. En este sentido, por ejemplo, una enunciación dirigida al ámbito público constituye una posición de sujeto distinta que cuando se dirige a un ámbito privado. A la vez, una posición de sujeto no puede entenderse como una entidad singular e independiente de su contexto social. Una voz constituye una heteroglosia de múltiples voces situadas culturalmente y que confluyen en una determinada posición de sujeto (Gudmundsdottir, 2001: 235). Teniendo en cuenta este aspecto, la narrativa no es interpretada como un producto personal. Es una enunciación que se realiza desde una posición de sujeto, una “voz”, dirigida a otra posición de sujeto. A la vez, cada

⁴ Escrito como Mijaíl Bajtín en castellano, Mikhail Mikhailovich Bakhtin en inglés y Михаил Михайлович Бахтин en ruso. Se opta por la acepción inglesa para ser coherente con la bibliografía utilizada.

posición de sujeto no es única ya que son enunciaciones pobladas en sí mismas de voces múltiples y heterogéneas y que, igualmente, emergen como respuesta y en relación con otras voces existentes (Bajtin, 1982) o, en otras palabras, las posiciones de sujeto son heteroglósicas. Para Bakhtin la fuerza de la narración viene dada por la coexistencia y el conflicto entre distintas formas de habla dentro de un mismo lenguaje. La heteroglosia consistiría en incluir otra habla de otro lenguaje dentro de la propia narración, un aspecto que Bakhtin localiza en la narrativa de la autora. Se trata de una característica que Bakhtin asocia al género de la novela, y que podemos adscribir a las producciones narrativas. La narrativa implica una toma de posición de la narradora en la que se sitúa y produce un cierto panorama en el que incluye cómo otras voces hablan del fenómeno que se está tratando. Incluso en las formas más coloquiales Bakhtin identifica la noción de heteroglosia que permite comprender la posición de enunciación no como un ente individual sino esencialmente colectivo y social, constituido a través de la incorporación de una heterogeneidad de voces que ha ido integrando del contexto sociocultural en que se desenvuelve. En este escenario de polifonía, la heteroglosia permite dar cuenta de la continua apropiación y recreación de 'lenguajes ajenos', de voces plurales y múltiples en tensión y en oposición que se van conformando en el seno de los varios espacios socioculturales en que la hablante interactúa. La heteroglosia recoge, por un lado, la idea que las enunciaciones contienen en sí una multiplicidad de voces en relaciones dialógicas y, por otro, que toda enunciación se hace en el marco de un campo de comunicación y por lo tanto responde y se refiere a otras voces que están puestas en juego en un contexto y momento histórico dado. Así pues, las narrativas producidas deben entenderse como participaciones o intervenciones en un proceso relacional activo en donde cada posición está situada con respecto a otras voces y poblada de diversos géneros de habla.

La propuesta de las producciones narrativas asume una “perspectiva dialógica” que enfatiza la heteroglosia de cualquier producción lingüística. El lenguaje es un proceso relacional, activo y abierto, con posiciones de sujeto localizadas en una red de relaciones y géneros de habla. El lenguaje sería una actividad, un flujo de acciones discursivas entrelazadas e interdependientes, por lo que el lenguaje está en constante construcción y reconstrucción en las diferentes interacciones que se dan en la vida cotidiana. Cada una de las enunciaciones que se hacen sobre el mundo es producto de esta actividad que, por su carácter heteroglósico, reproduce y recombina voces que habitan el espacio social. La enunciación responde a interpelaciones realizadas en la red de relaciones en las que estamos involucradas, en el flujo de actividad. El lenguaje se convierte en una actividad situada contextual y responsiva. Las narrativas que surgen en el proceso de investigación son producto de la actividad entre investigadora y participante con relación al fenómeno investigado. En este sentido, las narrativas son un producto de la interacción y no deberían, por tanto, interpretarse como relatos veraces de relatos pasados de la experiencia o visión de la persona que participa en la investigación. A la vez que las narrativas surgen de la participación conjunta entre equipo investigador y participantes, en estas narrativas habitan múltiples voces pertenecientes al entorno social al que estas posiciones de sujeto pertenecen.

Construcción del conocimiento a través de las producciones narrativas

En 1983 Richard J. Bernstein publica su libro *Beyond Objectivism and Relativism: Science, Hermeneutics, and Praxis*, obra que trata la cuestión de la fundamentación del conocimiento intentando escapar de la lógica dicotómica entre el realismo y el relativismo. El objetivismo fundamenta el conocimiento en una matriz o estructura

ahistórica, permanente y neutral a la que podemos apelar para justificar la verdad de nuestro conocimiento y para establecer criterios externos que permitan diferenciar entre conocimiento verdadero y falso, mientras que una perspectiva relativista no ofrecería elementos para poder justificar una perspectiva frente a otra (Bernstein, 1983: 8, 22-23, 54). La preeminencia y fuerza de este debate viene dado por la “ansiedad cartesiana” de que sin un fundamento del conocimiento estamos abocadas a la locura y el caos (Bernstein, 1983: 15-19). Frente este dilema Bernstein considera que la justificación del conocimiento viene dado por el trasfondo de conocimientos en el que éste se produce y el juicio práctico que de éstos se deriva, conectándolo con las formas de cambio teórico identificadas por Kuhn (Bernstein, 1983: 40). A pesar de esta apuesta por el conocimiento práctico, Bernstein acaba por sustentar un “realismo metafísico”, una forma de realidad que existe independientemente de nosotras y que tiene una determinada esencia o naturaleza que podemos conocer (Bernstein, 1983: 9, 36, 139). Tras la crítica a la racionalidad instrumental y al objetivismo cientificista, nos encontramos en la situación de cómo fundamentar una frónesis y teoría de la práctica en un contexto de fragmentación del sujeto de conocimiento. En el momento de escribir su obra, Bernstein defiende que nuestro modelo de racionalidad está sufriendo cambios importantes al devenir hermenéutica, históricamente situada y práctica; unos cambios iniciados por Heidegger, Dewey y Wittgenstein que nos han llevado de la filosofía sistemática a la terapéutica que han materializado Kuhn, Winch y Gadamer. Este autor propone una nueva conversación basada en una inversión hegeliana donde el carácter de la racionalidad científica, especialmente en aquellos aspectos relacionados con la elección teórica, tienen más que ver con cuestiones de filosofía práctica que de racionalidad pura (Bernstein, 1983: 47).

El debate mostrado por Bernstein (1983) ha recorrido las ciencias sociales en las últimas décadas. Por una parte nos encontramos

con el presupuesto fundamental de la racionalidad científica moderna -y por tanto del positivismo- es que la realidad existe independientemente de quien la observa. Es decir, la realidad es externa a nosotras y es posible, mediante técnicas de observación y manipulación de variables, descubrirla, representarla “tal cual es”. Esta forma de acercamiento parte de una concepción referencial del lenguaje al asumir una relación directa entre lenguaje y realidad (Rose, 1996). Por otra parte, perspectivas como el socioconstruccionismo, consideran que la realidad se crea socialmente mediante las interacciones lingüísticas que se dan en cada momento en contextos específicos. Así, según estas perspectivas, con cada enunciación que hacemos estamos construyendo aquello de lo que hablamos a partir de un contexto social y unos discursos disponibles en un momento histórico. El conocimiento que se genera a partir de la actividad de investigación es, por tanto, un producto social y contingente que construye una “versión” del fenómeno estudiado desde la posición de quien observa. La relevancia dada al lenguaje, desde esta perspectiva, hace que las investigaciones utilicen la metodología de análisis de discurso, mediante la cual se estudian las formas discursivas utilizadas por las personas en su comunicación diaria (Edwards y Potter, 1992; Edwards, 1996) o bien aquellas que construyen y sustentan prácticas sociales específicas (Íñiguez, 1997).

Tal y como sugiere la obra de Bernstein (1983), una posible forma de abordar el debate es recurrir a una forma de “filosofía práctica” más que quedarnos en un debate entre posiciones absolutas como la recurrente oposición entre “realismo” y “relativismo”. Esta orientación práctica debe considerar la localización del conocimiento y las implicaciones políticas del mismo. Los conceptos de “conocimiento situado” y “conexión parcial” de Donna Haraway (1991) nos permiten avanzar en esta línea, dotando a la investigación de una dimensión política de gran calado. La noción de “conocimientos situados” (Haraway, 1991) señala que todo

conocimiento se produce bajo unas ciertas condiciones semiótico-materiales que posibilitan una cierta forma de mirar un fenómeno determinado; lo que también implica que dificultan otras. Es decir, la posición de conocimiento constituye las condiciones mismas de posibilidad del conocimiento, a la vez que esta posición es necesariamente parcial. Reconocer que la mirada depende de la posición de conocimiento nos aleja de la verdad absoluta, de un “ojo divino” que lo ve todo (realismo) o que puede cambiar de lugar a voluntad (relativismo). Se trata de un distanciamiento tanto de la objetividad y neutralidad de las posturas realistas como de la imposibilidad de acción del relativismo (Hammers y Brown, 2004; Hart, 2004; Visweswaran, 1997). Cada posición de conocimiento, incluida la nuestra, permite ciertas formas de conocer y actuar, por lo que es necesario establecer las características y los límites de estas formas de conocimiento. Esto tiene que ver con involucrarse en los lugares en los que se está y responsabilizarse de las relaciones de poder que conectan esas localizaciones (Enslin, 19).

Teniendo en cuenta que el conocimiento es inmanente a nuestra posición, como sugiere la perspectiva de Haraway (1991), lo relevante de la investigación no se localiza en la otredad del objeto de estudio, sino más bien en la otredad que emerge desde la posición de la persona que investiga. La pertenencia a múltiples categorías sociales de la posición investigadora implica la imposibilidad de una asignación unívoca a un único rol, identidad o práctica. Mientras que la interpelación institucional enfatiza una de las categorías, que requiere una performance de autoridad en la escritura, una perspectiva crítica resalta y explora la pertenencia categorial múltiple actual y las posibles líneas de fuga futuras, transformando la posición de investigación en una performance abierta a la difracción que genera el proceso investigativo. Tener en cuenta las interpelaciones del campo y los efectos corporeizados de tales interpelaciones supone incidir en la posición de la investigadora para poder comprender las posiciones de sujeto que se pretende

estudiar. Bajo esta perspectiva, el diseño de investigación debe tener en cuenta las posiciones de sujeto que se toman y las comprensiones localizadas y corporeizadas que de ellas se derivan (Clough, 1998).

Esta posición de conocimiento no es, sin embargo, transparente para quien está situado en ella (ver, por ejemplo, Reay, 1996 o Letherby, 2002, para una revisión aplicada en el contexto de investigación). Si tenemos en cuenta que el conocimiento viene dado desde una determinada posición, no es posible ver nuestra posición de conocimiento desde nuestra posición de conocimiento: la reflexividad infinita sólo es posible cuando nos descorporeizamos de nuestras condiciones semiótico-materiales de conocimiento. Nuestro conocimiento, por tanto, es necesariamente parcial; tan parcial que no puede tener conciencia de los mecanismos de visión por los que conoce y construye la realidad. Esta conciencia sólo es posible a través de la articulación con otras posiciones de conocimiento; desde una parcialidad que transforma nuestra posición a partir de conectarnos con otras formas de vida y subjetividades que muestran, precisamente, esta parcialidad. Conocer se convierte, de esta manera, en un proceso relacional en que se transforma nuestra posición de investigación y, en este sentido, produce conocimiento. Se trata de generar una articulación generadora de significados y conocimientos parciales del mundo, en un campo en donde distintas formas de conocer conviven y dan cuenta de diversas formas de vida. El conocimiento deja de ser representacional para convertirse en una actividad política de conexión y transformación del conocimiento (Callén et al., 2007).

El concepto de articulación, tal y como es conceptualizado por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1985), permite concretar la noción de conexión parcial. La articulación es una política de coalición con otras formas de vida en que se transforma el sujeto que se articula para generar nuevas formas liberadoras de vivir. Esta propuesta enfatiza la apertura que debe tener la investigadora al articularse con las participantes del estudio para generar un contexto que

permita la aparición de nuevos significados que transformen nuestro aparato político-conceptual (FIC, 2005). La articulación es una práctica que construye relaciones entre sujetos (Haraway, 1992), unas relaciones con significado que nos sitúan en el campo y nos transforman. Si la noción de “conocimiento situado” enfatiza el lugar desde donde se mira, el concepto de “articulación” hace que pongamos la atención en las relaciones que establecemos y en cómo estas relaciones transforman nuestra posición inicial (Haraway, 2003). La articulación genera un espacio político que reconoce a la vez su contingencia, temporalidad y objetividad parcial con el objetivo de transformar nuestra posición de conocimiento. Como nos dice Haraway, “El yo que conoce es parcial en todas sus facetas, nunca terminado, total, no se encuentra simplemente ahí y en estado original. Está siempre construido y remendado de manera imperfecta y, por lo tanto, es capaz de unirse a otro, de ver junto al otro sin pretender ser el otro. Esta es la promesa de la objetividad, es decir, de la conexión parcial” (Haraway, 1991/1995: 331). La transformación de la posición de conocimiento no significa que la articulación nos lleve a la postura contraria a la inicial; se trata de recoger distintas posiciones de conocimiento para difractar y complejificar la posición inicial de partida. Las dicotomías excluyentes en términos de verificación/falsación dan lugar a versiones complejas, multivocales y políticamente comprometidas de los fenómenos sociales. El informe de investigación incide, por consiguiente, en la forma en que la posición de investigación se transforma a lo largo del estudio para reflejar el conocimiento corporeizado y parcial producido. Como apunta Alsup, (2004: 229), la investigadora debe abrirse a cierta relación con las personas involucradas en la investigación que den lugar a comprensiones mutuas y diversas, entendiendo que las subjetividades son múltiples y no unitarias.

La investigación debe responder a las preguntas “con quién, cómo y para qué” nos articulamos, preguntas que nos remiten a las

posiciones de sujeto con que nos articulamos, prácticas sociales que establecemos y significados que promovemos. Hace plantearnos el entramado político en el que se sitúa la investigación y las formas de acción que se derivan de ella. La realización de una escritura que produce una diferencia en el mundo, tal y como propone Haraway (1992: 126). La investigación se convierte en un elemento de transformación de la hegemonía establecida. No es, sin embargo, activismo, ya que debe plantearse la apertura de un diálogo productivo que transforma la posición de partida aunque, también, se plantee la consecución de formas de acción y organización de lo social prometedoras y liberadoras. Se trata de cambiar la mirada sobre la propia posición de experticia, comprender y evidenciar las relaciones de poder que se reproducen a través de la investigación e intervención social, y alcanzar procesos articulatorios de producción conjunta de conocimiento (Callén et al., 2007). Mirada crítica hacia los discursos institucionales que nos constituyen en nuestra posición de investigación, reflexión sobre los procesos de exclusión que se generan, y exploración de las posibilidades de construir formas alternativas de participar de los procesos sociales. Reconociendo, a su vez, que las comprensiones producidas están situadas en entramados de poder, significados y relaciones afectivas en las cuales se fijan ciertos significados y prácticas, asumiendo la responsabilidad que implican nuestras propias tecnologías de fijación en dichos entramados y produciendo articulaciones que transforman las posiciones de quienes participan. Se trata de buscar prácticas éticamente responsables, políticamente prometedoras y parcialmente indeterminadas que adquieren relevancia en cada una de las experiencias específicas de investigación sin ser consideradas respuestas definitivas, generalizables y/o intercambiables.

La práctica de la producción narrativa

El procedimiento de indagación debe adaptarse a las necesidades concretas de la investigación y ser coherente con los principios teóricos y epistemológicos que la guían. En este apartado vamos a ofrecer una serie de guías generales que siguen los principios planteados y que deberán ser adaptadas a cada caso concreto y a los principios teóricos que se incorporen.

Procedimiento

Una narrativa consiste en una visión de un fenómeno elaborada desde una posición de sujeto determinada. Al decir “elaborada” implica que tiene una cierta estructura narrativa y está dirigida hacia una audiencia, habitualmente a un público general (y no, por ejemplo, dirigida al ámbito privado). Desde el punto de vista de la investigación, pueden implantarse muchas formas de construir una narrativa (encuentros periódicos, conversaciones por internet, intercambio de documentos,...). La propuesta que se plantea es considerar todos estos tipos de documentos como “producciones narrativas”; es decir, consideramos un artículo de opinión, una noticia periodística o un texto teórico como “visiones situadas sobre un determinado fenómeno”. Habitualmente, sin embargo, las producciones realizadas por participantes en una investigación son tratadas como entidades epistemológicamente distintas. Este hecho se refleja claramente en la estructura de los textos académicos, donde los textos “teóricos” se sitúan en el apartado de “introducción” o “conclusiones”, mientras que los textos de las participantes aparecen en el apartado de “resultados”. A partir de la propuesta teórica y epistemológica sostenida en el texto, ambas producciones deberían ser tratadas como narraciones con igual estatus epistemológico, en el sentido que ofrecen una determinada visión de mundo, mientras que su legitimidad es una cuestión de carácter político. Si bien los textos institucionales tienen una marca

de legitimidad propia, las producciones narrativas implantan un procedimiento que reviste la producción de las participantes con elementos legitimadores. De este modo, en el caso de involucrar a las participantes en la producción situada de visiones de un fenómeno determinado, se definen los siguientes procedimientos y principios:

- La interpelación del equipo investigador tiene una gran importancia metodológica, ya que delimita el contexto en el cual se producirá la narrativa. Esto significa que hay que tener definidos y justificados teóricamente los temas que interesa ser tratados.
- Una narrativa implica una posición de sujeto. Hay que definir, por consiguiente, las posiciones de sujeto que van a explorarse a través de la investigación narrativa, tanto desde el punto de vista de la investigadora (enumerar las posiciones de sujeto en función de la comprensión teórica del estudio) como de la participante (preguntar cómo se sitúa la participante frente al fenómeno de investigación definido). Estas posiciones, sin embargo, no deben ser definidas en términos esencialistas dado que la “posición” debe ser explorada analíticamente.
- Inicialmente, las participantes deben realizar una ‘reconstrucción de su experiencia con respecto al fenómeno estudiado’, que dé cuenta de su perspectiva sobre los temas que se tratan. Como se ha argumentado, este relato no es un fiel reflejo de la experiencia de las personas, sino una “reelaboración” a partir de la posición de enunciación que se construye en la realización de la narrativa (Griffiths, 1995). Esta reconstrucción va a ser re-elaborada en posteriores sesiones con el objetivo de ampliar, profundizar o mejorar el relato de acuerdo con sus criterios. “Después de diversos añadidos, correcciones y aclaraciones se alcanza la finalización del bucle con la aceptación expresa de la

participante que la narración muestra su visión sobre el fenómeno. No se recogen, por tanto, las palabras (textuales) de la participante, pero sí la forma en que ésta quiere que sea leída su visión del fenómeno” (Balasch y Montenegro, 2003: 45). Este proceso de escritura híbrida deja como resultado un texto -la narrativa- que, si bien resulta de un trabajo colaborativo, busca dar cuenta de una posición situada y concreta; aquella de quien vive en carne propia lo que relata.

- La narrativa no constituye la expresión del “ser” de la participante ni de sus “recursos lingüísticos”. En este sentido, dependiendo de la audiencia a la que se dirige la narrativa y en función de los intereses de la participante, es una práctica habitual la de corregir la narrativa para mejorar su aspecto formal y estilístico. Este es habitualmente un aspecto de gran discusión y extrañeza metodológica al traicionar los principios empiricistas que guía gran parte de las técnicas de producción de material empírico.
- El proceso de construcción de la narrativa es un proceso dialógico en que se van transformando ideas y concepciones. Por esta razón es importante tener un registro del proceso de producción de la narrativa por, como mínimo, dos motivos. El primero de ellos tiene que ver con el proceso de reflexión que acontece en el mismo momento en que se inicia el contacto con la participante, pasando por el proceso mismo de construcción, un proceso dialógico en que se transforma y enriquece la posición inicial de investigación. En segundo lugar, porque este proceso abre nuevas reflexiones que transforman la perspectiva conceptual de la investigación, reflexiones que, a partir de reuniones periódicas del equipo de investigación, permite evaluar cómo se está llevando a cabo el proceso, qué elementos teóricos son necesarios considerar y qué elementos presentar a la participante que no habían sido considerados. A partir del proceso dialógico

de construcción de un relato en función de los intereses de la investigadora, que reflexiona sobre la experiencia de la participante ante un fenómeno determinado, se suceden distintas versiones que amplían las fronteras del fenómeno, profundizan aspectos que no estaban suficientemente claros y se difractan las aristas del fenómeno estudiado.

- El interés de la investigadora y la experiencia de la participante se fusionan en la producción narrativa, abriendo la pregunta sobre el momento de la finalización de este proceso. Como criterio ético y político se sugiere que la finalización venga determinada por el asentimiento formal de la participante, en donde se explicitan los criterios, usos y difusión de la narrativa producida.

Este planteamiento tiene importantes implicaciones en cuestiones actualmente abiertas en las discusiones metodológicas, como la cuestión de la autoría de los textos, la ética y política de la investigación o la realización del análisis del material, cuestiones que trataremos en los apartados siguientes.

La autoría de las producciones narrativas

Las producciones discursivas son el resultado de múltiples procesos comunicativos realizados en un contexto social determinado por lo que la autoría de cualquier producción lingüística es, necesariamente, compartida. Las narrativas son producto también de un flujo de actividad iniciado por los intereses de la investigadora y motivado por la relación entre la posición de la investigadora y de la participante, que refleja y elabora posiciones de sujeto pre-existentes en nuestra realidad social. De este modo, las enunciaciones que se producen en el habla no son la expresión de un sujeto sino la actualización de una determinada red de relaciones que sitúan y localizan el relato, por lo que es posible definir un

lugar de enunciación pero no la pertenencia del relato a la persona que lo produce (Fuss, 1989). La narrativa define una posición de sujeto desarrollada dialógicamente respecto a un contexto al cual se dirige; una posición que implica unas condiciones materiales y semióticas de producción. Las acciones metodológicas se dirigen, de este modo, a generar las condiciones para que esta producción narrativa tenga lugar.

Que no podamos atribuir la “autoría” en términos de “propiedad”, en tanto que cualquier texto no hace más que reflejar el contexto social en que éste se produce, no significa que no podamos defender una “autoría” entendida en términos de “responsabilidad” frente al texto que se está defendiendo. La narrativa se plantea como un texto público que habla al mundo. Podemos decir, en este sentido, que la posición de sujeto que toma la responsabilidad de la enunciación es la “autora” de la narrativa. Esta es una de las razones por las que la participante tiene la potestad de decidir el momento de “terminar” la narrativa, y cómo esta narrativa podrá ser usada en la investigación. Es habitual, en este sentido, elaborar un documento formal en que se explicitan las condiciones de uso de la producción narrativa firmado por participante e investigadora.

Ética y política de las producciones narrativas

Una de las críticas que reciben las técnicas habituales de recogida de material empírico consiste en el ejercicio de poder que se realiza al transformar la voz de las participantes a través de las tecnologías académicas de representación sin tener en cuenta sus intereses éticos y políticos (Griffiths, 1995). El tratamiento y presentación del material empírico construye asimétricamente a participantes e investigadoras, haciendo que las participantes aparezcan como entidades incoherentes, interesadas, inusuales, incorrectas..., mientras que las investigadoras aparecen investidas por la racionalidad, imparcialidad, altruismo. La toma en consideración

de esta crítica ha llevado a una línea de trabajo investigador que tiene como objetivo que voces que no tienen el suficiente poder para ser oídas en el espacio público puedan ser vehiculadas a través del proceso de investigación sin que sean transformadas por el mismo. En este sentido, se considera políticamente deseable dar espacio en los ámbitos académicos a aquellas voces que usualmente no están, contrarrestando el efecto de poder que las voces legitimadas como “expertas” tienen al hablar o diseñar intervenciones que afectan a determinadas personas o colectivos. Mientras que la metáfora de “dar voz” presupone la existencia de un sujeto a quien es políticamente deseable otorgar la palabra, también asume que la investigadora tiene la potestad de otorgarla, considerando a la investigadora como “vehículo desinteresado” de la voz de las participantes. Se trataría, otra vez, de una relación donde una posición es construida en falta (no tener voz) mientras que la otra se presenta en términos de un exceso complementario (capacidad y posibilidad de dar voz); relación que bajo un aparente altruismo esconde una relación asimétrica de poder.

Teniendo en cuenta estas críticas, las producciones narrativas se presentan como un dispositivo de construcción de material empírico iniciado por el interés de la investigadora respecto a un fenómeno determinado. No se trata, de este modo, de ser una “representante de la voz de las participantes”, lo que supondría operaciones de distanciamiento y descontextualización para trasladar la voz al contexto del equipo investigador. Se trata de un trabajo conjunto donde participante e investigadora son “co-autoras en una práctica articulada con otras compañeras sociales diferentes, pero vinculadas” (Haraway, 1992/1999: 138).

Como cualquier otra relación, es necesario reconocer que la relación entre investigadora y participantes está mediatizada por relaciones asimétricas de poder; esto no significa que se trate de una relación de dominación en el que la asimetría es unidireccional y se prolonga en el tiempo. Dependiendo del contexto de investigación y de las participantes, distintas negociaciones sobre lo que se va a

hablar y sobre qué podrá ser dicho van a acontecer en el proceso de la producción narrativa. La implementación de esta metodología establece las condiciones para que estas relaciones fluyan en ambos sentidos. Las narrativas son, por tanto, un producto políticamente responsable con las participantes ya que garantiza, a diferencia de otras técnicas como la entrevista, la agencia de las participantes al disponer de la posibilidad de agregar correcciones y modificaciones al texto; así como trascender el contexto concreto de producción al disponer de la posibilidad de repensar sus propias aportaciones y revertirlas en el texto en función de sus intereses.

El producto de esta interacción debe estar producido de tal forma que pueda ser considerado como una visión válida dentro del contexto discursivo en que este producto sea presentado. En este sentido, se propone que las narrativas puedan ser corregidas y modificadas, de la misma forma que se aplica en la producción de un texto académico, para que la narrativa resultante pueda ser leída como un relato válido de una determinada forma de entender un fenómeno. La narrativa constituye de esta forma la visión que la participante, situada en una posición de sujeto determinada, quiere dar de una comprensión de un fenómeno; una visión que debe, si se desea, poder utilizar los mismos recursos retóricos que, por ejemplo, la narrativa de la investigadora.

El análisis del material narrativo

A partir del proceso de investigación nos encontramos con un conjunto de narrativas que ofrecen distintas perspectivas argumentadas y reflexionadas sobre el fenómeno estudiado: un conjunto de conocimientos situados y parciales de la temática que se está abordando. A estas narrativas, podrían añadirse narrativas del equipo investigador elaboradas al inicio de la investigación. Además de este material contamos con las anotaciones que se han generado a partir de los encuentros con las participantes y el equipo investigador.

Las narrativas difícilmente pueden tratarse como un material puramente empírico. Efectivamente, como se ha argumentado, la narrativa no se corresponde con un “evento” acaecido en un momento pasado del cual está dando fe. Por otra parte, teniendo en cuenta las consideraciones éticas y políticas de la investigación, un “procedimiento de análisis”, tal y como se entiende habitualmente, podría implicar una relación de asimetría entre la participante y la investigadora, en la que la investigadora se sitúa en un plano de conocimiento superior al de la participante. Más que la definición de la posición de la hablante se trata de una reconstrucción situada de un fenómeno desde una posición de sujeto que recoge heteroglosicamente elementos del contexto social y que se proyecta en un presente y un futuro. El interés del dispositivo metodológico no consiste, por tanto, en diseccionar la narrativa en la mesa de operaciones discursivas para mostrar las inevitables contradicciones que engrandecen la postura del analista. Se trata, al contrario, de mostrar cómo la conexión que la investigadora realiza con las distintas posiciones de sujeto permiten difractar su comprensión inicial del fenómeno. Consiste precisamente en tratar las producciones narrativas como un material más, en el mismo nivel que otros textos teóricos, para construir una comprensión más elaborada y compleja del fenómeno estudiado.

Lo anterior no significa que no pueda establecerse un “procedimiento de análisis” del mismo modo que se realizan “análisis de textos teóricos” que permiten difractar, desarrollar o expandir la comprensión de la persona que investiga. Este análisis puede explorar, por ejemplo, la posición de sujeto desde la que se realiza la producción narrativa, las voces que se reflejan, los mundos posibles que se abren o la estructura narrativa del texto. Estos elementos, sin embargo, a partir de la propuesta epistemológica que se ofrece, deberían dirigirse hacia la reflexión de la posición inicial de la investigadora, la consideración de las conexiones parciales realizadas por la investigación y la identificación de posibles

conexiones a realizar; todos estos elementos para transformar, complejificar y difractar la posición inicial. La construcción narrativa es una actividad política, y la investigación es un elemento más en la construcción de mundos posibles y habitables. Las producciones narrativas muestran la diversidad y complejidad de estos mundos, y no es evidente que la narrativa de la investigadora sea una versión más interesante o probable de futuro político. La narrativa de la investigadora está en relación isomórfica con el resto de textos con los que se conecta la investigación para conformar el conocimiento situado desde el cual habla el equipo investigador.

A modo de conclusión

Hemos presentado en este texto una propuesta de práctica metodológica que se viene desarrollando desde finales de los años 90 dentro del grupo de investigación “Fractalidades en Investigación Crítica”. Esta metodología se inspiró en la obra de Kathryn Watterson (1996) *Women in Prison: Inside the Concrete Womb*, donde se pretende dar a las mujeres prisioneras la oportunidad de hablar por sí mismas, de hablar sobre sus experiencias y sus sentimientos, para mostrar los efectos que el encarcelamiento tiene sobre las mujeres y la criminalidad (Watterson, 1996). Las producciones narrativas recogen la importancia y la fuerza de las elaboraciones que se realizan desde una posición determinada, a la vez que desmitifica el esencialismo que se atribuye habitualmente a estas posiciones. Basada en la perspectiva de los conocimientos situados (Haraway 1991), las producciones narrativas afirman la parcialidad de la mirada y apuestan por el establecimiento de conexiones/articulaciones parciales con múltiples posiciones para complejizar la visión del fenómeno estudiado. En este sentido, y siguiendo con el ejemplo, para concretarse como metodología es necesario que los relatos experienciales, más allá de su fuerza en tanto vivencia concreta, sean articulados con posiciones distintas para, de este modo, complejizar una visión que, de otro modo,

no se trataría de un conocimiento parcial sino parcializado. Las producciones narrativas asumen una concepción heteroglósica y responsiva del lenguaje en la producción de un texto coparticipado donde la noción de autoría queda localizada en un entramado relacional semiótico-material.

En resumen, a partir de estas consideraciones, las producciones narrativas que emergen de esta metodología son enunciaciones parciales y situadas, hechas en unas coordenadas espacio-temporales específicas y en el marco de una controversia social, es decir, como una respuesta a otras voces y enunciaciones. No se trata, pues, de que las narrativas sean una representación de un rasgo esencial del sujeto que narra y tampoco un informe definitivo y exhaustivo en que se puede englobar su posición o su experiencia. Es una participación, un dispositivo que se echa a andar en un contexto localizado y con unos objetivos concretos. La producción de narrativas tiene tanto un objetivo metodológico, en tanto que pretende sortear la clásica división entre objeto y sujeto de estudio, como ético en tanto que respeta la autoridad de la participante del texto producido. Los relatos en lugar de representar la forma en que las participantes comprenden el fenómeno, suponen la producción de un texto híbrido en el que se expresa una cierta manera de entender el fenómeno.

Referencias Bibliográficas

- Alsup, J. (2004). Protean subjectivities: Qualitative research and the inclusion of the personal. In S. G. Brown, & S. I. Dobrin (Eds.), *Ethnography unbound: From theory shock to critical praxis* (pp. 219-240). Albany, NY: SUNY Press.
- Andrew, J. D. (1973). The structuralist study of narrative: Its history, use, and limits. *The Bulletin of the Midwest Modern Language Association*, 6(1), 45-61.
- Bajtín, M. (1982). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.

- Bakhtin, M., Holquist, M. y Emerson, C. (1986). *Speech genres and other late essays*. Austin: University of Texas Press.
- Balash, M., y Montenegro, M. (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: las producciones narrativas. *Encuentros en Psicología Social*, 1(2), 44-48.
- Barthes, R. (1977). *Poétique du récit*. Editions du Seuil: Paris.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1966). *The social construction of reality: a treatise in the sociology of knowledge*. Garde City, NY: Doubleday.
- Bernstein, R. J. (1983). *Beyond objectivism and relativism: Science, hermeneutics, and praxis*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Billig, M. (1991). *Arguing and thinking: A rhetorical approach to social psychology*. New York: Cambridge University Press.
- Blumer, H. (1986). *Symbolic interactionism: Perspective and method*. Berkeley: University of California Press.
- Bormann, E. G. (1974). *La comunicación: Un problema de la organización moderna*. Bilbao: Deusto.
- Callén, B., Balash, M., Guarderas, P., Gutierrez, P., León, A., Montenegro, M., Montenegro, K. y Pujol, J. (2007). “Riereta. net: Apuntes epistemo-políticos desde una etnografía tecnoactivista”. *Forum: Qualitative Social Research*, 8(3), [41 párrafos]-<http://www.qualitativeresearch.net/fqs-texte/3-07/07-3-1-s.htm>.
- Clandinin, D. J., & Connelly, F. M. (2000). *Narrative inquiry: Experience and story in qualitative research*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Clough, P. (1998). *The end(s) of ethnography: From realism to social criticism* (2nd ed.). New York: Peter Lang.
- Derrida, J. (1972). *La dissémination*. Paris: Seuil.

- Edwards, D. (1996). *Discourse and cognition*. London: Sage.
- Edwards, D. y Potter, J. (1992). *Discursive psychology*. London: Sage.
- Enslin, E. (1994). Beyond writing: Feminist practice and the limitations of ethnography. *Cultural Anthropology*, 9(4), 537-568.
- FIC (Fractalidades en Investigación Crítica). (2005). Investigación crítica. desafíos y posibilidades. *Athenea Digital*, 8, 129-144.
- Fisher, W. (1985). The narrative paradigm: An elaboration. *Communication Monographs*, 52 (4), 347-367.
- Fuss, D. (1989). Leer como una feminista. *Feminismos literarios* (pp. 127-146). Madrid: Arco/libros.
- Gadamer, H. G. (1976). *Vérité et méthode: Les grandes lignes d'une herméneutique philosophique*. Paris: Seuil.
- Gergen, K. J. (1985). The social constructionist movement in modern psychology. *American Psychologist*, 40(3), 266-275.
- Goodson, I. (2004). *Historias de vida del profesorado*. Barcelona: Octaedro.
- Griffiths, M. (1995). *Feminisms and the self: The web of identity*. London; New York: Routledge.
- Gudmundsdottir, S. (2001). Narrative research on school practice. In V. Richardson (Ed.), *Handbook of research on teaching* (4th ed., pp. 226-24). Washington, D.C.: American Educational Research Association.
- Habermas, J. (1983). *The theory of communicative action*. Boston: Beacon Press.
- Hammers, C. y Brown, A. (2004). Towards a feminist-queer alliance: A paradigmatic shift in the research process. *Social Epistemology*, 18(1), 85-101.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

- Haraway, D. (1992). Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles. *Política y Sociedad*, 30, 121-163.
- Haraway, D. (2003). *The companion species manifesto: Dogs, people, and significant otherness* (2nd printing ed.). Chicago, Ill.: Prickly Paradigm Press.
- Hart, G. (2004). Geography and Development: Critical Ethnographies. *Progress in Human Geography*, 28(1), 91-100.
- Heidegger, M. (1962). *Being and time*. Oxford: Blackwell.
- Heider, F. (1958). *The psychology of interpersonal relations*. New York: John Wiley.
- Hovland, C. I., Janis, I. L. y Kelley, H. H. (1970). *Communication and persuasion: Psychological studies of opinion change*. New Haven: Yale University Press.
- Ibáñez, T. (2001). *Psicología social construccionista* (2a ed.). Guadalajara México: Universidad de Guadalajara.
- Íñiguez, L. (1997). Discourses, structures and analysis: What practices? in which contexts? In T. Ibáñez, & L. Íñiguez (Eds.), *Critical social psychology* (pp. 147-156). London: SAGE.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (1985). *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid: Siglo XXI.
- Letherby, G. (2002). Claims and disclaimers: Knowledge, reflexivity and representation in feminist research. *Sociological Research online* 6(4)
- MacIntyre, A. (1981). *After virtue: A study in moral theory*. London: Gerald Duckworth.
- Mead, G. H. (1934). *Mind, self, and society: From the standpoint of a social behaviorist*. Chicago: The University of Chicago Press. (1962)
- Ollerenshaw, J. & Creswell, J. W. (2002). Narrative research: A comparison of two restorying data analysis approaches. *Qualitative Inquiry*, 8(3), 329-347.

- Polkinghorne, D. (1988). *Narrative knowing and the human sciences*. New York: State University of New York Press.
- Reay, D. (1996). Dealing with difficult differences: Reflexivity and social class in feminist research. *Feminism & Psychology*, 6(3), 443-456.
- Ricoeur, P. y Thompson, J. B. (1981). *Hermeneutics and the human sciences: Essays on language, action and interpretation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rorty, R. (1980). *Philosophy and the mirror of nature*. Princeton, N.J.: University Press.
- Rose, N. (1996). *Inventing our selves: Psychology, power, and personhood*. Cambridge; New York, N.Y.: Cambridge University Press.
- Taylor, S. (2007). Narrative as construction and discursive resource. In M. Bamberg (Ed.), *Narrative: State of the art* (pp. 113-122). Amsterdam and Philadelphia: John Benjamins.
- Thibaut, J. y Kelley, H. (1969). *The social psychology of groups*. New York: John Wiley & Sons.
- Valesio, P. (1980). *Novantiqua: Rhetorics as a contemporary theory*. Bloomington: Indiana University Press.
- Visweswaran, K. (1997). Histories of feminist ethnography. *Annual Review of Anthropology*, 26, 591-621.
- Vigotsky, L. S. (1978). *Mind in society: The development of higher psychological processes*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Watterson, K. (1996). *Women in prison: Inside the concrete womb* (second ed.). Northeastern: Northeastern University Press.
- Wittgenstein, L. (1972). *Philosophical investigations* [Philosophische Untersuchungen. Anglès]. Oxford: Basil Blackwell.

ENCRUCIJADAS ÉTICO-POLÍTICAS EN LA CONSTRUCCIÓN DEL CONOCIMIENTO. REFLEXIONES A PARTIR DE UNA EXPERIENCIA DE INVESTIGACIÓN EN UNA VILLA DE CÓRDOBA

MARÍA ELENA PREVITALI*

En la construcción del conocimiento científico en ciencias sociales debemos atender a distintas dimensiones que atraviesan el proceso de investigación y que implican grandes desafíos para quienes nos abocamos a dicha tarea. Algunas de estas dimensiones se vinculan con el afán de “cientificidad”⁵ que las distintas disciplinas y campos de conocimiento han buscado en su desarrollo.

Durante mucho tiempo las ciencias sociales pretendieron construir legitimidad a partir de asemejar sus métodos y procedimientos a los empleados por las ciencias naturales, ya que éstas parecían haber gozado sin mayores sobresaltos de un “intachable” reconocimiento y “eficacia”. Sin embargo, fue preciso que surgieran miradas epistemológicas críticas (Morin, 2005; Ibáñez y Domènech, 1998; Von Glasersfeld, 1995) para que los cuestionamientos a la supuesta objetividad, neutralidad y “veracidad” con que se edificaba el conocimiento recayeran no sólo sobre las ciencias sociales sino también sobre los parámetros con que las ciencias naturales desarrollaban su conocimiento.

* Licenciada en Psicología y Magister en Antropología (UNC). Docente de Psicología Social, Facultad de Psicología y del área Teórico-metodológica, Departamento de Antropología, FFyH, UNC. Participa de proyectos de investigación relacionados a culturas juveniles, violencias sociales, acceso a la justicia y DDHH en contextos de encierro, y en proyectos de extensión vinculados a los derechos de niños, niñas y adolescentes. Correo electrónico: malena.previtali@gmail.com

5 Quiero relativizar este término ya que el cuestionamiento no sería tanto hacia la pretensión de cientificidad sino hacia cierta concepción de la misma, que muchas veces responde a criterios muy restringidos, operando como un demarcador de legitimidades entre las distintas disciplinas hacia el interior del campo de construcción de conocimiento especializado.

En el presente texto tocaré brevemente algunas de las dimensiones que a mi parecer atraviesan todo proceso de construcción de conocimiento en ciencias sociales. Para ello, voy a tratar tres puntos que en mi experiencia de investigación han sido claves para el desarrollo de la misma. Son puntos que suelen ser nombrados y tratados como meras decisiones metodológicas, o como parte de disyuntivas conceptuales y analíticas. Sin embargo, se trata en verdad de encrucijadas que se presentan a su vez enlazadas a decisiones y puntos de inflexión de orden ético-político. Argumentaré brevemente por qué planteo esto último con lo cual espero, más que ofrecer “recetas” o “buenas ideas”, abrir al debate.

Los tres puntos que quiero compartir son: la elección del tema/problema de estudio, las metodologías utilizadas durante el trabajo de campo, y la presentación y difusión de los resultados.

La elección del tema/problema de estudio y el grupo social con el que se trabajará

Muchas veces se piensa que esta elección surge para un investigador a partir de una inquietud personal, informada por experiencias individuales que implican búsquedas de explicación de fenómenos que resultan extraños o por lo menos llamativos. Lo cierto es que si bien mucho de esto hay en la elección de un tema de estudio, considero que es importante reconocer que más bien se trata de decisiones que, lejos de ser individuales, involucran a muchos “otros”. Me refiero a que generalmente uno se encuentra inserto en un grupo de investigación, de trabajo, compartiendo experiencias de formación con otros, o grupos de diálogo más o menos cercanos, que de algún modo orientan hacia donde vamos a dirigir la mirada para formular un problema de investigación. De modo que en el caso en que nos hallemos insertos en un grupo de investigación que funciona con algún tipo de financiamiento para ciencia y técnica,

es más que probable que éste se encuentre enmarcado dentro de ciertas líneas prioritarias así pautadas por políticas a nivel nacional e internacional que construyen una agenda sobre qué temáticas y áreas se promoverá mayor estímulo y apoyo financiero. Si bien esto puede resultar una obviedad, considero que es parte fundamental de los aspectos de la investigación, y debe ser explicitado y puesto bajo reflexión, ya que muestra el contexto histórico y político en el que uno *puede* proponerse estudiar ciertos fenómenos. Quiero ilustrar esto relatando el contexto en el que llegué yo a plantear el tema de mi tesis de maestría en Antropología. Inicié mi participación en un grupo de investigación en el Museo de Antropología⁶ que acababa de recibir un subsidio de FONCYT⁷ para el financiamiento de áreas de vacancia con fondos del Banco Interamericano de Desarrollo. El tema del proyecto estaba vinculado a violencia, delito y seguridad. Esto daba cuenta de una agenda a nivel internacional y nacional para el estudio de las nuevas configuraciones que estaban adquiriendo los fenómenos de violencia urbana y delito. Si nos abocáramos a dicha tarea sin tender un manto de lectura crítica sobre los contextos histórico-políticos que propician ciertos temas de interés, seríamos meros reproductores de lógicas de entendimiento de estas problemáticas que desligan los procesos de producción científica de los contextos políticos en el que estos se desarrollan.

Así, la posición que tomamos por aquel entonces, consistió en responder a los objetivos del subsidio de proponer políticas públicas sobre las temáticas de violencia y delito, sin dejar por ello de apostar a develar de manera crítica los procesos por los cuales éstos devienen en problemas de agenda pública (Lenoir, 1993; Míguez e Isla, 2010). Esto nos permitía mostrar que, cuando se abordan problemáticas de violencia, no se trata de fenómenos episódicos,

6 En el Museo de Antropología (FFyH, UNC/CONICET) se desarrolló durante los años 2005-2008 un proyecto de investigación titulado "Violencia, Delito, Cultura Política, Sociabilidad y Seguridad Pública en Conglomerados Urbanos". Coordinador general: Dr. Alejandro Isla. Codirector: Daniel Míguez. Cod. ANPCYT 024.

7 Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica)

sino que hay que comprenderlos en la larga duración (Elías, 1993), y que tampoco están desanclados de dinámicas transnacionales⁸. Fue así que en aquel momento me propuse realizar un trabajo de investigación antropológico y etnográfico sobre cómo los jóvenes que habitan en una villa de Córdoba construyen vivencias y condiciones diferenciales en relación a las violencias, y cómo éstas se encuentran signadas por factores familiares, comunitarios, económicos, políticos, culturales, generacionales, etc.

A su vez, desde el año 2002, realizábamos trabajos de investigación e intervención con “poblaciones vulnerables” en una villa de la ciudad de Córdoba. Esto me permitió articular aquel interés por comprender fenómenos de violencia social con el abordaje de las realidades que viven aquellos grupos que suelen aparecer como responsables de la “nueva” violencia urbana⁹. Acercarse a este complejo vínculo¹⁰ implica estar dispuestos a ser interpelados por una importante encrucijada ético-política en la construcción del problema de estudio: ¿por qué creemos que podemos comprender fenómenos de violencia urbana y delito trabajando con grupos sociales como una villa de nuestra ciudad? ¿De este modo no estaríamos acaso reproduciendo aquellos estereotipos que presentan una asociación directa, cuasi lineal, entre pobreza y delito urbano? ¿No habría acaso que volcarse a estudiar cómo los grupos de poder reproducen lógicas de exclusión y cómo éstos están altamente involucrados en los delitos más fragantes e invisibilidades por nuestra sociedad como la corrupción y los delitos de guante blanco?

8 Ya que muchas veces estos financiamientos generan una focalización de estas problemáticas como si éstas fueran meros emergentes locales de los países latinoamericanos, desconociendo cómo se articulan con fenómenos más globales.

9 No sería acertado afirmar que aquello que muchos medios muestran carece de realidad, sino que es fundamental señalar cómo en la presentación de “la noticia” quedan invisibilizados los procesos por los cuales estas poblaciones sufren a su vez distintos tipos de violencias (institucionales, simbólicas, interaccionales) que los llevan, en una especie de continuum de violencias (Bourgois, 2010), a ser protagonistas de hechos violentos que afectan tanto sus vidas como la de terceros.

10 Para una reflexión interesante sobre ello ver Silva da Souza (2006) y Míguez (2006).

Se podría responder que desde las ciencias sociales es necesario realizar un análisis sobre la multiplicidad de factores que articulan la relación entre violencias y condiciones de pobreza, y de esta manera podríamos escapar a lógicas reduccionistas. La tarea estaría más centrada, entonces, en mostrar las cadenas de mediación que existen entre las vulneraciones sociales, económicas, políticas y las formas de violencia social que estos sujetos viven.

Pero con esto no agotamos el problema sino que, como bien dice Míguez, cuando uno entra al campo (en tanto lugar a realizar el trabajo pero también como campo de conocimiento social) uno “ingresa también al sistema de relaciones de poder que lo componen”, y agrega “y en ese mismo instante se transforma en un actor que juega un rol en los mecanismos de reproducción de las asimetrías sociales” (2006: 9). Y esto nos lleva a cargar con responsabilidades éticas y por tanto nos interpela a tomar decisiones políticas. Estas decisiones se reflejan en preguntas que debemos hacernos, como por ejemplo la siguiente: ¿Qué conceptos y explicaciones teóricas voy a utilizar para comprender esa mediación entre las posiciones estructurales ligadas a la pobreza y las prácticas de los sujetos que muestren violencias?

Ayudándonos a reflexionar sobre ello, Bourgois (2010) advierte sobre los riesgos políticos que implica caer en meras descripciones pintorescas de la realidad que viven los grupos más empobrecidos. Y así señala el rol contradictorio en que caían algunos sectores de la academia norteamericana, en un afán paternalista para con los grupos más empobrecidos, al imponerse cierta obligación moral de no presentar aspectos que pudieran ser leídos de manera negativa sobre el mundo social de esos grupos, por temor a contribuir a acentuar cierta imagen deteriorante sobre los mismos. Si optáramos por teorías y constructos explicativos que sólo muestren la lejana y pasiva relación que estos grupos sociales presentan con respecto a la violencia, caeríamos, en pos de una corrección moral, en cierta pobreza analítica y en cierta complicidad con los procesos por los cuales estos sujetos se ven relegados a vivir en condiciones de desigualdad social.

En mi trabajo de investigación con jóvenes de una villa de Córdoba y sus familias, opté por seguir lineamientos teóricos con los que pudiera reflejar un posicionamiento ético y político que no desconozca los factores estructurales, macro económicos e institucionales que generan restricciones sociales para vivir sus vidas alejados de ciertas formas de violencia. Y a su vez, intenté trabajar con marcos analíticos que me permitan documentar los procesos subjetivos e intersubjetivos por los cuales estos sujetos realizan prácticas y construyen relaciones que los llevan a vivenciar y producir dolor y sufrimiento¹¹.

Estas reflexiones nos podrían llevar a replantearnos cómo construimos alteridad en la relación con las personas con quienes trabajamos, y cómo en esa producción de alteridad estamos a su vez tomando decisiones que son de orden ético y político. Esto me lleva al segundo punto que quería compartir con ustedes.

Las metodologías utilizadas durante el trabajo de campo

Con respecto a las disyuntivas metodológicas que uno se puede encontrar a lo largo de la investigación, o que por lo menos yo encontré a lo largo de mi propia experiencia de investigación, quería compartir principalmente una de ellas. Si nos hemos propuesto acceder a los propios modos de clasificación social de los sujetos, ¿hasta qué punto vamos a poder sostener durante el trabajo de campo una relación social que deje hablar (en pleno y amplio sentido) a los sujetos y les otorgue lugar en la investigación desde sus propias subjetividades y prácticas culturales?

Las relaciones que sostenemos en el trabajo de campo pueden reforzar o menguar cierto etnocentrismo “inevitable” que hay en toda investigación¹². Es decir, si yo me propongo trabajar con

11 Bourgois (2010) plantea “Me niego a omitir o minimizar la miseria social de la que he sido testigo por temor a que una imagen desfavorable de los pobres se perciba como injusta o ‘políticamente incómoda’, pues eso me haría cómplice de la opresión.” (2010: 42)

12 En este sentido Esteban Krotz dice: “La alteridad tiene un alto precio: no es posible sin etnocentrismo (...) y tan sólo él posibilita el contacto cultural, la pregunta antropológica. (...)”

categorías nativas, y darles centralidad en la comprensión de otros mundos culturales, debería estar atenta a recurrir a herramientas metodológicas que dialoguen con las prácticas culturales y las subjetividades de las personas con las que estoy trabajando. En el caso de mi experiencia de investigación, además de observaciones participativas, me había planteado realizar entrevistas en profundidad con jóvenes de la villa, que me permitieran reconstruir las trayectorias diferenciales en las vidas de los jóvenes para dirimir factores explicativos en la relación con las violencias y el delito. El problema no radicaba tanto en hacer o no entrevistas, sino en la definición metodológica de las mismas. Si partía de una definición tradicional, que la entendiera como un encuentro previamente pautado entre el investigador y una persona que brinda información sobre un tema específico¹³, entonces hubiera estado mucho tiempo tratando de realizar entrevistas en las que los jóvenes no se hubieran sentido a gusto, ni hubieran estado muy dispuestos a objetivar en palabras sus vivencias en relación a las violencias. Tratándose de temáticas tan delicadas para sus vidas, se hacía más que imprescindible atender a los propios modos de comunicar que los jóvenes llevan adelante en sus vidas cotidianas. La expresión de sus percepciones respecto a las violencias que viven no se daba necesariamente a través de la palabra que le podían comunicar a una persona externa a la villa. De modo que aquella propuesta inicial de abordaje metodológico partía de ciertos supuestos que luego tuve que poner bajo reflexión y cuestionamiento¹⁴.

Fue así que comencé a orientar mis decisiones metodológicas no sólo, ni principalmente, por lo estrictamente pautado en manuales de metodología, sino más bien orientada por la reflexividad que

Entre el grupo propio y el grupo extranjero existe, pues, una relación semejante a la que hay entre lo conocido y lo desconocido en el acto cognitivo, donde lo último es accesible casi siempre sólo a partir de lo primero." (2007: 20)

13 Se sugiere ver Guber (2008) cap. 10: "La entrevista antropológica. Introducción a la no directividad" en *El salvaje metropolitano*.

14 Mi posición genérica, etaria y política en el campo también debía ser puesto bajo la lupa, ya que podría ser un condicionante/facilitador importante en las posibilidades sobre qué podría observar, en qué podría participar y de qué modo, y con quiénes podría hablar.

ejercía sobre los vínculos con los jóvenes y sus familias. Estructuré de esta manera el trabajo de campo en base a compartir sus propios tiempos, espacios, charlas, encuentros, y observar allí cómo significan sus relaciones sociales, los espacios que habitan, las prácticas que realizan, etc.

Si uno de mis objetivos consistía en analizar las prácticas de sociabilidad que los jóvenes sostienen con otros y qué sentidos construyen sobre las relaciones sociales que estructuran sus vidas, debía entonces dar lugar a que ellos mismos desarrollen estas dimensiones en las interacciones que sosteníamos y a partir de ese vínculo analizar sus mundos culturales.

La permanente reflexión que debemos tender sobre qué relación sostenemos con las personas con las que trabajamos no implica adherir a postulados posmodernos que terminan dando excesiva centralidad al posicionamiento personal, en desmedro de un profundo análisis sociológico de los grupos con los que trabajamos. Más que mero resultado de deliberaciones literarias personales (Balbi, 2007), el análisis etnográfico implica un arduo trabajo, producto de decisiones metodológicas, ético-políticas y teóricamente fundamentadas.

Esta última consideración respecto al tratamiento que se puede hacer de nuestras auto-reflexiones me llevan al último punto que quiero tratar.

La presentación y difusión de los resultados

Si bien muchas veces intentamos co-construir conocimiento con “otros”, apostando a metodologías dialógicas¹⁵, que estén abiertas a las realidades y prácticas de los propios sujetos, esto no nos debería llevar a desconocer la dimensión política y ética que conlleva asumir que somos quienes finalmente “tenemos la última palabra” en el momento de la escritura. Por tanto, el dilema político no reside

¹⁵ Para un debate más profundo sobre la temática ver los trabajos del Dr. Joan Pujol y la Dra. Marisela Montenegro en esta misma publicación.

tanto en si redactamos textos que analíticamente giran sobre reflexiones autoreferenciales, sino más bien sobre de qué manera estamos presentando a las personas con quienes trabajamos. Esto no implica creer que deba hacerse una reflexión solipsística sobre el asunto, pero sí someter a revisión crítica esta condición para a partir de allí tomar decisiones estratégicas en un campo tal vez más amplio de conocimiento, como puede ser el conocimiento de sentido común o mass-mediático.

En este último sentido, los investigadores en ciencias sociales tenemos ciertas deudas pendientes respecto a cómo podemos legitimar las metodologías cualitativas como formas de producir conocimiento científico que pueda también llegar a un público receptor más amplio. En el tratamiento más masivo de algunas temáticas (como violencias, inseguridad, sexualidad, participación política, etc.), comienzan a ser también fuente de interés las voces “especializadas” sobre las mismas. Sin embargo, lo que suele ocurrir es que se demandan “opiniones” y no reflexiones informadas sobre estos asuntos; se exigen conclusiones taxativas y no líneas para pensar; y por sobre todo se buscan cifras y porcentajes cuantitativos, producto de estudios que abarquen más en extensión territorial que en profundidad analítica.

Con esto no quiero desmerecer la importancia de los datos cuantitativos, sino señalar que los investigadores en ciencias sociales tenemos por delante la no fácil tarea de comenzar a mostrar que los trabajos con diseños cualitativos construyen análisis tan legítimos como otros para incidir en la arena social. Respecto a algunas problemáticas, estos estudios tienen tanto más para aportar en cuanto captan dimensiones como las vivencias subjetivas, la compleja trama de las relaciones sociales, los diversos sentidos sobre los mundos culturales que habitamos, etc.

Tal vez parte de la apuesta política que podemos tener por delante pase por mostrar cómo se construyen las generalizaciones en los estudios sobre realidades locales, haciendo énfasis en que

los resultados de los casos que trabajamos no pretenden hablar *por* otras realidades sino que éstas brindan elementos y relaciones que pueden *servir para pensar* distintos contextos. Y por último, una gran apuesta pasaría por contribuir, no sólo desde resultados que “iluminen” ciertas realidades, sino más bien por mostrar un modo de acercarse a los distintos “otros” y así apostar a entendimientos dialógicos que disminuyan miradas estigmatizantes y reproductoras de desigualdades sociales.

Referencias Bibliográficas

- Balbi, F. (2007) “Las etnografías como... ¡etnografías! Un ensayo dialógico sobre la posmodernidad en Antropología Social” en Boivin M., Rosato A. y Arribas V. *Constructores de Otredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultura*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Bourgois, P. (2010) *En busca de respeto. Vendiendo crack en el barrio*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Elías, N. (1993) [1977] “El proceso de la civilización. Investigaciones psicogenéticas y sociogenéticas”. México: Fondo de Cultura Económica.
- Guber, R. (2008) “Cap. 10: La entrevista antropológica. Introducción a la no directividad” en *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Ibáñez T. y Domènech, M. (1998). “La Psicología Social como crítica”. *Anthropos, Nro 177*.
- Krotz, E. (2007) “Alteridad y pregunta antropológica” en Boivin M., Rosato A. y Arribas V.: *Constructores de Otredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultura*. Buenos Aires: Antropofagia.

- Lenoir, R. (1993) “Objeto sociológico y problema social”, en Champagne P., Lenoir R., Merllié D., Pinto, L.: *Iniciación a la práctica sociológica*. México: Siglo XXI editores.
- Míguez, D. (2006) “Presentación” en *Etnografías Contemporáneas. Año 2*, abril de 2006. Buenos Aires: Universidad Nacional de San Martín.
- Míguez, D. e Isla, A. (2010) *Entre la inseguridad y el temor. Instantáneas de la sociedad actual*. Buenos Aires: Paidós.
- Morin, E. (2005) *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Silva da Sousa, R. (2006) “Trayectorias de bandidos, mitos y ritos del tráfico ilícito de drogas en Rio de Janeiro” En *Etnografías contemporáneas Año 2*, abril de 2006. Buenos Aires: UNSAM.
- Von Glasersfeld, E. (1995) “La construcción del conocimiento” en Dora Fried Schnitman, *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.

TRAVESÍAS CON OTROS: REFLEXIONES EN TORNO A EXPERIENCIAS DE INVESTIGACIÓN CON JÓVENES CORDOBESES

ANDREA BONVILLANI*

Hace ya varios años intento explorar los modos como distintos colectivos juveniles se vinculan subjetivamente con lo político, es decir, lo que sienten, piensan y hacen al construir ese mundo de relaciones sociales, conflictos, negociaciones, que supone vivir con otros, creando el mundo.

Hace menos años he designado esto que deseo explorar como “subjetividad política”, categoría teórica que en realidad es una excusa para poner en visibilidad de qué manera se tensionan la cuestión de la subjetividad, la política y los procesos de inclusión/exclusión que operan en el marco del Capitalismo en la actualidad, porque me permite analizar en tensión los procesos de sujeción a un orden social con las posibilidades de emancipación subjetiva, en procura de la igualdad.

Mi posicionamiento en relación a cómo se conoce me ha llevado a elegir formas de investigar que intentaran reconstruir con otros los modos cómo ellos y ellas experimentan su propia vida, entendiendo que, en consecuencia, investigar es acompañar al otro en esos procesos psicosociales por medio de los cuales damos sentido a la propia existencia en lo cotidiano y desarrollamos nuestros proyectos. Por supuesto que este “acompañar” es operar

* Doctora en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba. Profesora a cargo de la Cátedra de Teoría y técnicas de grupo y profesora Asistente en la Cátedra de Psicología social de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Córdoba. Coordinadora Académica de la Carrera de Maestría en Intervención e Investigación Psicosocial de la Facultad de Psicología, UNC. Actualmente dirige el Proyecto “Grupalidades juveniles y politicidad. Explorando los sentidos políticos de las prácticas culturales colectivas de los jóvenes de sectores populares cordobeses” (SeCyT-UNC), y es coordinadora del Grupo de Trabajo CLACSO “Ciudadanías críticas, subjetivaciones y transformaciones sociales”, 2013-2016. Correo electrónico: abonvillani@gmail.com

reconstruyendo memorias, pero también poniendo en diálogo saberes, tensionándolos, interrogando certezas cristalizadas, ejercitando la duda... en fin: encontrándonos en la pregunta, en la inquietud de querer saber para transformar.

Mis exploraciones me han llevado a encontrarme con jóvenes de distintos sectores sociales de Córdoba, especialmente de sectores populares, con los cuales me gusta decir que he “trabajado” más que investigado... técnicamente haciendo entrevistas en profundidad, observaciones de sus actividades en distintos registros de su vida cotidiana y en grupos de discusión. Para concluir, podría decirse que lo que básicamente he hecho con ellos es conversar: dejarme llevar de la mano de las palabras, engarzando cuentas y cuentos para narrarnos la vida.

La investigación cualitativa es básicamente un proceso interpretativo de la realidad social, lo cual implica la existencia de una mirada situada de quien conoce y nos obliga, en la práctica, a mantener una actitud permanente de autoreflexión acerca de los propios cuerpos conceptuales y metodologías de abordaje de la realidad, develando los supuestos que los sostienen para fundamentar la visión/versión que se propone. Se trata, entonces, de ejercitar una posición de reflexión permanente sobre lo que se hace, “situar un lugar en que el observador sea al mismo tiempo el observado (...). Que conozca lo que hace”, dice Canales (2001: 10).

En esta oportunidad quiero detenerme en la fibra interna de lo que ha significado para mí, en mi propia inscripción subjetiva, investigar con otros y otras...

En alguna parte he definido la subjetividad política como un modo de ser y estar en el mundo, como la piel subjetiva que vive la experiencia de encuentro/desencuentro con los otros que plantea la vida en común. Entonces, ¿qué le pasa a mi piel social cuando intento meterme en el mundo de la vida del otro? O mejor, ¿qué nos pasa a los que allí compartimos esa experiencia?

Para Castoriadis (2002) este “tomarse a sí mismo como objeto” es producto de una capacidad de actividad deliberada, porque no es natural para el sujeto hacer esta “torsión de sí”, sino que es resultado del ejercicio de una posición y, en cuanto tal, inseguro, improbable, contingente.

A continuación, propongo “escenas” que tienen como condición de producción la experiencia de construcción del conocimiento que antes reseñé. En ellas, los límites impuestos en un *a priori* que designa inequívocamente “investigador” / “investigado”, se vuelven difusos, se ponen en crisis. En estas experiencias se expresa centralmente el “cuerpo” como la primera y la última frontera del vibrar con el otro. Emocionalidad y pensamiento que se mezclan, se entrecruzan, se mixturán... Este «sí mismo» -el cuerpo-, es quien desea, teme, siente y piensa.

Escena 1: Jesús o el “*habitus* de clase”

Jesús tiene veinte años y vive con su compañera y su pequeña hija en la casa que comparte con su madre y hermanos, en un barrio de cooperativa en una ciudad cercana a Córdoba. Hace algunos años debió abandonar la escuela para ponerse a trabajar en la construcción y mantener a su familia. Es tercera generación de familia pobre, que por fin después de mucho esfuerzo lograron su casa, pero a costa de abandonar el barrio en donde vivieron toda la vida, con la vivencia del destierro que eso supone. Converso con él largas horas, en una siesta de sábado de 2005¹⁶, entre mates y cigarrillos. Noto a lo largo de la charla que él intenta, lo que llamo una “autoconstrucción dóxica”, es decir presentarse ante mis ojos en ajuste a atributos valorados por grupos sociales hegemónicos, es decir, aquello que el sentido común, compartido e indiscutible,

16 En el marco del trabajo de campo correspondiente a mi Tesis doctoral “Subjetividad política juvenil. Estudio comparativo en jóvenes cordobeses de procedencias sociales contrastantes”. Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Córdoba. Fecha de la defensa: 3 de julio de 2009. Contó con Becas de Formación superior, sucesivamente de SeCyT (UNC) y de CONICET.

impone como deber ser. Al respecto, nos dice Bourdieu: “La doxa es un punto de vista particular, el punto de vista de los dominantes, que se presenta y se impone como punto de vista universal” (Bourdieu, 1997: 121). En su autoretrato enfatiza que trabaja, que no se dedica más a la “joda” y que le dan bronca los pobres porque “laburan pa’ comé asado los fines de semana, para tomá, pa’ vestise y pa’ la música” y encima cuando no tienen roban...”

Lo confronto: “y vos Jesús, suponéte que no tuvieras para comer, ¿qué harías? Reclina la cabeza y reconoce: “¿si no tuviera que darle de comer a mi hija...??? y no sé.., quien le dice, doña... si la veo en la peatonal... le saco la cartera...” (acompaña lo que dice extendiendo su mano hacia mi bolso, que cuelga del respaldar de la silla en la que estoy sentada en frente suyo).

En simultáneo, reacción no mediada por ningún procedimiento de reflexión, la mano derecha de esta investigadora, toma con fuerza su cartera.

Comprendo ahí, en lo que acaba de ocurrir en un segundo, lo que en largas horas había estudiado: mi cuerpo acaba de mostrarme su *habitus* de clase.

El *habitus* como entidad encarnada en los agentes, “lo social hecho cuerpo”... “operadores prácticos a través de los cuales las estructuras objetivas de las que son producto tienden a reproducirse en las prácticas” (Bourdieu, 1991: 159), de manera pre-reflexiva, aparece orientándonos sin nosotros poder ejercer un control consciente.

Gran parte de lo que yo creo y sostengo discursivamente acerca de la estigmatización social de los jóvenes de sectores populares, de cómo el miedo es una pasión oscura que nos separa, fragmenta y nos hace impotentes porque nos vuelve enemigos, en una fracción de segundo se había disipado: mi cuerpo de clase hecho *habitus* habló por mí; mi historia encarnada, mi propia experiencia social, se habían expresado para mostrarme que las distancias en esta relación social que es la investigación finalmente están, existen y debemos lidiar con ellas.

Escena 2: Silvia o “*nadie sabe lo que puede un cuerpo*”

Silvia tiene veinticinco años y vive con sus hermanas y su madre y los hijos de todas en una casita muy precaria de un barrio cercano a Córdoba. Milita en un movimiento social desde hace algún tiempo, en el área de género y limpia casas de otros para vivir. Es una mujer alegre. Comparte conmigo sus proyectos¹⁷, me cuenta lo feliz que está de ayudar a mujeres que pasaron por lo que ella pasó... “no era la primera vez que me pegaba, él se dio vuelta y me pegó, acá mi hicieron dos puntos (me muestra su frente), pero era distinto porque yo estaba embarazada, le había dado con el gusto de quedar embarazada y encima que las cosas no cambiaran. Yo quise salir esa noche de la pieza y no me dejó salir, me dejó toda la noche encerrada, vos no te imaginás, te juro que era un monstruo... era un monstruo. La piel toda la noche así, toda la noche despierta, en mi vida lloré tanto”

En este relato conmovido, en este momento de encuentro en el dolor de esta mujer, comprendo las dimensiones y los pliegues de sentido del “*nadie sabe lo que puede un cuerpo*”, aquella frase que había citado de Spinoza (1966) tantas veces...

Mi primer registro fue de llanto, por suerte de llanto: poder estar ahí como un ser humano, otra mujer, que puede sentir el sufrimiento, desprenderse de todas las distancias, simplemente abrazarse con la otra, así, existencialmente.

Ahora en momentos de reflexión a posteriori, “sentipensante” como dice Galeano, me doy cuenta que la expresión de Spinoza se ofrece para abrir una doble vertiente. La primera, que yo había explorado varias veces, en el sentido de enfatizar todo lo que los cuerpos sufrientes de nuestros jóvenes son capaces de soportar, de resistir y aún así, desear, proyectar, ilusionar... pero ahora cuando Silvia me dice como al pasar “vos no te imaginás”, descubro mágicamente que aquel “*nadie sabe lo que puede un cuerpo*” remite al carácter intransferible de la experiencia, que interroga

17 La referencia al trabajo de campo es aquí la misma a la anterior.

radicalmente las posibilidades de reconstruir la experiencia de sentido de los otros y de las otras... ¿como meros testigos que simplemente cronican lo que les sucede a otros y a otras? ¿qué podemos saber del sentir de los demás? ¿y hacer?

Escena 3: Maxi o “¿me querés contar?”

Maxi tiene veintiséis años y milita desde los catorce. A partir del abandono de su madre, quien padece una enfermedad mental, fue criado por su abuela materna, una figura central en su vida, junto con otras mujeres que sucesivamente lo han marcado: profesoras de la escuela secundaria que lo invitan a participar en una Organización no gubernamental que milita por los derechos de los niños y luego lo rescatan de sus adicciones, las militantes de AMMAR¹⁸ que le dan cobijo en la sede de la Fundación donde vivía cuando lo conocí. Su biografía, de escasos pero intensos años, parece enlazarse permanentemente con su participación en diversos grupos sociales y políticos de Córdoba, intercalando empleos en pizzerías y fábricas, con momentos oscuros en los que parece perderse en el consumo de sustancias y la soledad. Nos juntamos varias veces a conversar sobre su vida o, como a nosotros los investigadores nos gusta decir, a hacerle una historia de vida¹⁹. Entre risas, llantos y música de la Mona²⁰, Maxi me deja entrar a su mundo, mientras desenrolla su vida, comparte conmigo recuerdos, sufrimientos, dudas, sueños...

Entonces, la pequeña pieza donde nos juntamos, parece poblarse de personajes, reales y ficticios, sabores y olores que nos remontan a su niñez y a sus primeros años de juventud: vida intensa, vida de lucha. En Maxi, la lucha política viene a capitalizar de algún modo estas disposiciones para pelear por la propia vida, por sobrevivir,

18 Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina, sede Córdoba.

19 En el marco del trabajo de campo de la investigación “Biografías de militancia”, para acreditar Posdoctorado del Centro de Estudios avanzados (CEA) de la Universidad Nacional de Córdoba. Programa multidisciplinario de Formación continua para doctores en Ciencias Sociales, Humanidades y Artes. Octavo ciclo: “Subjetividades”. 2011. Contó con Beca Posdoctoral de CONICET.

20 “La Mona” Giménez, cantante cordobés de cuarteto –música popular de Córdoba-, que concita numerosos seguidores de su música y sus bailes.

por superar todos los “no” que parecen estar escritos como un destino fatal para estos jóvenes. En el caso de Maxi, se percibe claramente cómo esta actitud de militar por su propia vida, una “fuerza militante” (Bonvillani, 2012), que aparece en recuerdos de muy temprana edad, se incorpora como disposición para la militancia política:

“de la escuela primaria me acuerdo que para hacerla caminé seis kilómetros por día loco, (...) y era guachito y estaba solo loco, está bien... estaba mi abuela que nos levantaba, nos hacía el té, todo, pero salíamos los dos solos en la bici y íbamos loco (...) en invierno, en la oscuridad” (...) “encontrar trabajo, buscar herramientas, no quedarte solo, no quedarte parado, salir de ciertos lugares y ciertas cotidianidades, salir así, decir bueno eso no lo hago más (...) salir de la droga, de la esquina, que se yo, del encierro, del abandono”.

Nos encontramos varias veces, revisamos capítulos de su historia, nos abrazamos en el encuentro. Maxi me dice un día “gracias. En realidad, me hizo bien, necesitaba juntarme con alguien a hablar de lo que estoy pensando, lo necesitaba a eso. Me ayuda a recordar un montón de cosas, y retrocedo, y veo, y vuelvo, voy recorriendo así, y me sirve para darme fuerzas. Porque me doy cuenta de todo lo que hago, me doy cuenta”.

Muchas veces esas posiciones que se autoadscriben irreflexivamente el propósito de lo que hacemos en el dar la “voz a los oprimidos”, me han parecido además de pretenciosas, encubridoras de una dominación intelectual que intenta disfrazarse de compromiso militante. Dicho así, parece que ellos, los “oprimidos-investigados”, debieran soportar la imposición de esperar pasivamente nuestra escucha para adquirir existencia en lo simbólico y, correlativamente, que nosotros, los “liberados-investigadores”, no buscáramos ser escuchados también.

En uno de estos encuentros, cuando le pregunto sobre su madre, Maxi me pide “hoy, hoy, justo hoy, no tengo ganas de recordar eso”. Antes, otro día, me cuenta “Yo sufrí mucho esa época con mi vieja

porque yo la quería a ella, quería que fuera mi mamá, y ella no, no quería ser mi mamá, entonces era como que yo decía te quiero al vacío, así”. Le digo: te entiendo, porque yo también siento ese vacío de madre...Maxi me mira profundamente y me dice: “¿me querés contar?”

De nuevo, la experiencia visceral del encuentro conmueve y dispara sentidos inesperados sobre aquello apropiado inicialmente desde lo meramente intelectual. Hace poco leí un trabajo de una antropóloga brasilera que se proponía construir la perspectiva de la “etnografía popular”, para lo cual reseñaba su experiencia con unas poblaciones sudafricanas. Uno de los “anfitriones locales” la había recibido diciéndole: “sus problemas nos interesan”, palabras de apertura de una relación que para ella “invertían la fórmula canónica del trabajo de campo antropológico” (Borges, 2009).

Justamente, ese “¿me querés contar?” me interpelaba desde la posición de quien va a escuchar para dar la voz... mostrándome que tal vez deberíamos pensar en darnos las voces, por fin, en escucharnos mutuamente para no terminar siendo ventrílocuos de los otros “pobres”.

Si la historia de vida es oportunidad para narrarse, para la objetivación de sí, necesariamente es del mismo modo, una puesta de sí de ambos que se involucran en ella: ¿cuánto de mi relación con mi madre en mis modos de enfrentar la vida, de encarnar mis militancias, de a veces “justo hoy *no tengo ganas de recordar eso*” había re-encontrado en Maxi?

Palabras para un cierre...

El sueño positivista de una perfecta inocencia epistemológica enmascara, en efecto, el hecho de que la diferencia no es entre la ciencia que efectúa una construcción y la que no lo hace, sino entre la que lo hace sin saberlo y la que, sabiéndolo, se esfuerza por conocer y dominar lo más completamente posible sus actos, inevitables, de construcción y los efectos que, de manera igualmente inevitables, éstos producen

(Bourdieu, 1999: 528)

Podría decirse que desde las tradiciones hegemónicas de las Ciencias Sociales, la cuestión de la subjetividad en la investigación social, ha sido considerada una suerte de “mala palabra”, que debe ser controlada como garantía para lograr la ansiada objetividad. Es decir, en la práctica, no utilizar la intuición, no poner en juego los sentimientos, reprimirlos... En definitiva, la premisa de la objetividad y la neutralidad en la investigación implica negar, o más bien renegar, de aquello que permite que el propio proceso de conocimiento sea conducido: nosotros mismos en tanto investigadores sujetos sociales.

La reflexividad pone en marcha un ejercicio de explicitación de las condiciones de producción de la investigación. Si partimos de asumir que la opción cualitativa es necesariamente interpretativa, el análisis de las propias implicancias subjetivas del investigador se constituye en un elemento fundamental de la reflexividad.

Entre la impotencia de reconocer distancias insalvables, en lo intransferible de la experiencia corporal, y la omnipotencia sin reflexión de darle la voz a los oprimidos, se alojan nuestras travesías con otros, porque “investigar cualitativamente” es arrojarse a la aventura de alojar radicalmente al otro y a lo otro, sabiendo que uno es otra también.

Referencias bibliográficas

- Bonvillani, A. (2012) Roma y Maxi: dos biografías de militancia. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Universidad del Zulia, Venezuela. Vol 17, Número 57. Pp. 75 – 89.
- Bourdieu, P. (1997) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- (1999) *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Canales, M. (2001) *Investigación cualitativa y reflexividad social*. Conferencia dictada en el V Encuentro Nacional de Investigadores, Medellín, Colombia. Septiembre de 2001.
- Castoriadis, C. (2002) *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social. La creación humana I*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Spinoza, B. (1966) *Tratado teológico-político*. Madrid: Tecnos.

VIOLENCIAS CONTRA LAS MUJERES. (DE) CONSTRUIR DISCURSOS A PARTIR DE UNA TÉCNICA DE INVESTIGACIÓN: LOS GRUPOS DE DISCUSIÓN

MAITE RODIGOU NOCETTI *

Introducción

Actualmente, la violencia contra las mujeres se encuentra tematizada por los medios de comunicación masivos, es objeto de análisis de distintas disciplinas científicas y se han constituido políticas públicas para abordarla. Esto no fue posible sino gracias a los movimientos feministas y de mujeres que desde las décadas de los '60-'70 en nuestro país, y más intensamente desde los '80 se encargaron de desnaturalizarla y de enunciarla como problema social.

Sin embargo, dicha violencia venía ocurriendo en las relaciones cotidianas entre varones y mujeres, sin ser identificada como tal. Especialmente en el ámbito de las relaciones familiares y afectivas, las distintas expresiones y formas que adquiría la violencia eran parte de lo esperado o de la "normalidad". Asimismo, no despertaban mayor escándalo social el desprecio, las agresiones físicas y verbales, el hostigamiento, las burlas que se infligía a las mujeres cuando éstas pertenecían a clases o etnias subordinadas en nuestra sociedad.

En este tránsito de lo cotidiano, la violencia contra las mujeres se "naturaliza", es decir, que como señala Castorina (2005), sus

* Licenciada y Profesora en Psicología (UNC) y Mgter. En Estudios de las Mujeres (UB, España). Investigadora del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba y Docente de la Cátedra de Psicología Social de la Facultad de Psicología de la misma Universidad. En los últimos cinco años, viene investigando sobre la definición sobre las violencias de género desde los activismos feministas y LGTTTBI. Correo electrónico:maiterodigou@hotmail.com

propiedades o características se aíslan de la red de relaciones de las que participa y se las considera como perteneciéndoles al fenómeno por sí mismo. De esta forma, la violencia de género aparece como parte de una supuesta naturaleza humana o social, cobra entidad en sí misma, y pierde así toda explicación que la remita y la comprenda en un determinado contexto social y cultural.

En nuestro país, la persistencia del fenómeno y de sus problemas ya lo encontramos (d)enunciado en el Programa Mínimo de Reivindicaciones Femeninas que María Abella Ramírez, una librepensadora uruguaya, presenta en el Congreso Internacional del Libre Pensamiento que se realiza en Buenos Aires en 1906. Es así que en el último punto del Programa, aboga por erradicar

... los *mal llamados dramas pasionales*, en los que, *con el mentido pretexto de los celos* se ejerce ruines venganzas sobre indefensas mujeres ... (el destacado es mío)²¹

Es un tema entonces de larga data y caro a los movimientos feministas, y que me involucra como investigadora feminista. Es desde esta posición que los propósitos de las investigaciones que voy a referir se articulan y cobran significación. Como señala Haraway (1995), producimos conocimiento siempre desde algún lugar, un conocimiento que, por tanto, siempre es parcial y situado. Desde esta concepción, se produce un conocimiento “marcado” que se reconoce como tal, y que, en la relación con los otros (cuerpos) “marcados” y con otros conocimientos parciales, es que se hacen posible “conexiones” y “aperturas inesperadas”. Parcialidad y situacionalidad que deben ser explicitadas entonces. Por una parte, la violencia contra las mujeres es una problemática que me implica como mujer desde una dimensión experiencial en tanto no soy ajena -como parte del colectivo de mujeres- a las expresiones de violencia y discriminación dirigidas a las mujeres. Por otra parte, y en articulación con lo anterior, me interpela como feminista en

21 Documento consultado en www.casamariaabella.s5.com.uy

tanto entiendo aquí la producción de conocimiento como una tarea significativa en un horizonte necesario de transformación de las coordenadas sociopolíticas que suponen subordinación, violencia o discriminación hacia las mujeres.

Pretendo en este texto reflexionar acerca del trabajo realizado en nuestras investigaciones de deconstrucción crítica de los discursos sociales hegemónicos sobre la violencia contra las mujeres, que legitiman y perpetúan dichas problemáticas, y a la vez cómo, en esa misma práctica investigativa, se pueden construir otros discursos que compitan con los sentidos instituidos. Se difuminan así, a mi entender, las falsas fronteras establecidas en cierta tradición académica entre trabajo investigativo y trabajo de intervención. Al mismo tiempo, me interesa poner en discusión la coherencia que mantienen los procedimientos metodológicos que desarrollamos en nuestras investigaciones con el presupuesto teórico que decimos sostener acerca de la capacidad de agencia de los sujetos.

A tal fin, traigo como objeto de análisis y reflexión algunos aspectos de dos investigaciones en las que trabajé en los últimos años, que abordaron la violencia contra las mujeres en contextos empíricos diferentes, a través de una técnica de construcción de datos como son los *grupos de discusión*.

Los grupos de discusión como herramienta de indagación de los discursos respecto de la violencia contra las mujeres.

Como decíamos previamente, las dos investigaciones sobre las que nos detendremos se realizaron en contextos diferentes, y si bien en ambas tematizamos la violencia contra las mujeres, en una de ellas constituyó el problema central y en la otra, un aspecto más del objeto de investigación.

Una de las investigaciones, “Percepciones sobre la Violencia Urbana hacia las mujeres en la ciudad de Rosario – Argentina” (CISCSA, 2005), fue realizada en el año 2004 en el marco del

Programa Regional “Ciudades sin Violencia para las mujeres, Ciudades seguras para todos”, con apoyo del entonces Fondo de Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM)²². La investigación apuntaba a identificar las percepciones existentes sobre la violencia dirigida hacia las mujeres en la ciudad de Rosario, y su implicancia en la utilización del espacio público, así como las estrategias posibles para la modificación de esta situación, incluyendo las políticas públicas que se implementaban en ese momento en la ciudad.

En la otra investigación, denominada “Trayectorias laborales-académicas de docentes en la Universidad Nacional de Córdoba: Brechas de Género” (Rodigou y otras, 2011), nos propusimos identificar las características de la participación de mujeres y varones en la docencia e investigación universitaria de la UNC, así como la relación de las trayectorias laborales con las construcciones de género actualizadas en la vida institucional universitaria y la vida familiar. Aquí se abordó más tangencialmente -si se quiere- la temática de la violencia de género, e incluimos no sólo la violencia contra las mujeres sino la efectuada en contra de personas con sexualidades disidentes de la heteronormatividad²³. El estudio fue desarrollado desde el Programa de Género de la Secretaría de Extensión de la propia Universidad²⁴.

En ambas investigaciones utilizamos los grupos de discusión: en la primera, como única técnica para la construcción de datos; en la segunda incluyéndola, junto con la técnica de la encuesta, en un diseño cuanti-cualitativo. Los grupos de discusión, desde la tradición de la sociología cualitativa española que inaugura

22 El Programa se desarrolló simultáneamente en dos ciudades de América del Sur: en Lima (Perú), estuvo a cargo de la ONG Flora Tristán y en Rosario (Argentina), a cargo de la ONG CISCSA. En esta última ciudad, la investigación estuvo coordinada por Maite Rodigou y el equipo de investigación conformado por Mara Nazar, Soledad Pérez y Paola Blanes.

23 A los fines de este artículo, nos centramos en aquellos puntos que aluden solamente a la violencia contra las mujeres.

24 Con un apoyo inicial de la oficina de UNIFEM Brasil y países del Cono Sur, el estudio fue realizado fundamentalmente con aportes del área central de la Universidad. El equipo de investigación estuvo constituido por Alejandra Domínguez, Paola Blanes, Jacinta Burijovich y Maite Rodigou, quien coordinó la investigación.

Jesús Ibáñez, se incluyen dentro de lo que llamamos técnicas conversacionales, al ser una técnica que trabaja con el habla. Aquí lo que *se dice*, lo que *alguien dice*, “se asume como punto crítico en el que lo social se reproduce y cambia” (Canales y Peinado, 1995, p. 289), articulándose el orden social y la subjetividad.

En esta técnica, se reúnen personas (y por esto asumen la “forma grupo”, aunque no es un grupo), y se les solicita que conversen entre ellos (y por esto asumen la “forma – discusión”), lo que permite la productividad específica de la técnica en la generación de una conversación social entre “iguales” (Canales y Peinado, 1995). Sin embargo, como advierten estos mismos autores, el “grupo de discusión no es equiparable a ninguna de sus modalidades próximas: no es una conversación grupal natural, no es un grupo de aprendizaje como terapia psicológica [...] tampoco es un foro público...; sin embargo, parasita y simula (parcialmente), a la vez, cada una de ellas” (1995, p. 292).

Según la literatura existente, los grupos de discusión posibilitan la identificación de los lugares “comunes” de lo colectivo (Canales y Peinado, 1995), permiten la comunicabilidad de la singularidad de cada interlocutor al hacerse palabra, “revelan los significados que las personas interpretan en el tema de debate y a la vez como negocian esos significados” (Lunt y Livingston, 1996, citados por Flick, 2004), y nos permiten visualizar los disensos y conflictos, y las formas en que se tramitan.

La elección de esta técnica, en las dos investigaciones que desarrollamos, se fundamentó en que entendíamos que los grupos de discusión nos iban a permitir comprender las diferentes construcciones acerca de la violencia de género existentes en la sociedad, así como los posicionamientos sociales respecto de su resolución como problemática social. También nos posibilitaría distinguir aquellos discursos más institucionalizados que refieren a normas y roles aceptados como *lo que debe ser o lo que es generalmente*, así como nuevos sentidos que emergen en las prácticas y conversaciones. De igual manera, esperábamos entender las

formas sociales-discursivas de construcción de consensos, así como los conflictos existentes y los modos en que se dirimían -si lo hacían.

Como señalan Canales y Peinado: “El discurso social, la ideología, en su sentido amplio -como conjunto de producciones significantes que operan como reguladores de lo social-, no habita, como un todo, ningún lugar social en particular. Aparece diseminado en lo social” (1995, p. 290). Y más adelante, especifican: “La reordenación del sentido social requiere de la interacción discursiva, comunicacional” (p. 290). De esta manera, los grupos de discusión permiten analizar cómo se reordena y se expresa el sentido social sobre una determinada temática.

Ahora bien, cuando realizamos el análisis de la producción discursiva que ha acontecido en los grupos de discusión, dicha producción aparece ante nosotros objetivada como un texto, a partir de la transcripción de las sesiones. Todo análisis supone -de alguna manera- una fragmentación del material sobre el que estamos trabajando, en este caso los textos productos de los intercambios que se producen en un grupo de discusión. El parámetro con el que vamos a realizar esta fragmentación del texto es la unidad de sentido, que incluye pero excede al mismo tiempo a cada uno de los interlocutores en tanto que abordamos el acto mismo de interlocución como una totalidad. En el análisis, el interlocutor no debe pensarse como entidad en sí misma ni identificado con los individuos concretos que participan en el grupo, sino como parte de un proceso, ya que, como señala Ibáñez, “al conversar, cambia como cambia el sistema en que conversa” (1988, citado por Canales y Peinado, 1995, p. 293).

En nuestras operaciones de análisis de los textos resultantes de la transcripción de las sesiones de los grupos de discusión, la unidad de sentido es otorgada por nosotros como investigadoras e investigadores situados en un contexto epistémico-teórico particular así como histórico-social. Como señala Dávila, el investigador “es el lugar donde la información se convierte en significación (y

en sentido), dado que la unidad del proceso de investigación, en última instancia, no está ni en la teoría ni en la técnica -ni en la articulación de ambas-, sino en *el investigador mismo*” (1995, p.77, el destacado es nuestro). Si bien esta posición es de importancia para la investigación cualitativa por el descentramiento que opera respecto del dato pensado como información objetiva y “externa” a las personas que realizan la investigación, se reduce a uno de los actores del proceso de investigación, restando así a la concepción dialoguista que implica la presencia de los otros participantes de la investigación.

El análisis del discurso producido lo hemos trabajado a través de dos operaciones. Por un lado, un *análisis temático* de las transcripciones, en donde en principio se codificó a partir de las dimensiones planteadas en el guión de temas que se propuso a los grupos para discutir, y posteriormente, se construyeron categorías a partir de la variabilidad que encontrábamos en cada uno de estos temas, realizando el trabajo de comparación intra e intergrupos que supone el Método Comparativo Constante desarrollado por B. Glaser y A. Strauss en la década del '60.

El trabajo centrado en la tematización puede correr algunos riesgos a la hora de realizar el análisis. Uno de ellos, es que se produzca una excesiva fragmentación del texto, a partir de las categorías producidas, perdiendo la singularidad de la conversación suscitada en cada uno de los grupos de discusión. Para evitar este riesgo, era importante reconstruir las líneas argumentales que se dan en cada uno de los grupos, lo cual suponía un *análisis de la dinámica* discursiva, además de caracterizar el discurso general del grupo y de los discursos parciales de los subgrupos del grupo.

La reconstrucción de las líneas argumentales que se dieron en cada uno de los grupos de discusión, en las dos investigaciones, se realizó a partir de los textos transcritos de las distintas sesiones, atendiendo asimismo a las observaciones de campo de las

coordinadoras y observadoras²⁵. Esto nos permitió identificar los *núcleos principales de confrontación y disenso* de los grupos²⁶. De esta forma, en la investigación que desarrollamos en la ciudad de Rosario, pudimos objetivar tres núcleos centrales que concentraron la conversación en los grupos, y alrededor de los cuales se tejieron diversas tramas argumentales: -la visibilidad o invisibilidad de las violencias hacia las mujeres, -la inclusión o no de la dimensión de género en las violencias hacia las mujeres en la ciudad, y por último, -las posturas sobre las acciones necesarias y las responsabilidades del Estado y la sociedad ante esta situación. A continuación, profundizaremos el análisis respecto de la visibilidad e invisibilidad de las violencias a las mujeres.

¿Violencias invisibles aún?

En este punto es posible que nos preguntemos: ¿es posible todavía hablar de invisibilización cuando día a día la violencia, y particularmente en lo que estamos analizando, la violencia contra las mujeres, se tematiza cada vez más en el discurso social, periodístico y científico? En principio, cabe advertir que la existencia de este tipo de tematización no siempre implica una detención reflexiva sobre el fenómeno. En los medios de comunicación se sigue aludiendo a hechos de violencia contra las mujeres en términos sensacionalistas, y se reproduce el discurso social hegemónico a la hora de explicar estas situaciones, invocándose una naturaleza instintiva de la violencia a través de la utilización de términos

25 Se retoma la idea de resúmenes del contenido de los debates que enunció Morgan (1988, en Flick, 2004), pero en este caso lo que se buscó fue la descripción de los cambios o consolidaciones de discursos que se producían a lo largo de la discusión, así como identificar las instancias claves a partir de los cuales se producían rupturas o conflictos con las argumentaciones que se iban dando.

26 Si bien atendimos en la composición de los grupos el criterio de heterogeneidad posible o inclusiva (Ibáñez, 1979, en Valles, 1997), es decir, evitar reunir a sujetos que ocupan posiciones sociales enfrentadas en la vida real y que puede producir exclusiones de discursos, "siempre será posible jugar con estos límites como provocación: hacer que el grupo se de contra sus propios límites para investigar la dimensión de lo posible" (Ibáñez, 1979, citado por Valles, 1997, p 314.)

como “descontrol” o “pasional”. Los hechos de violencia sexual se han descrito con términos como “bajos instintos” que enuncian cierta “animalidad” de la naturaleza humana, o la indicación de un desorden mental o moral en la caracterización de una persona como “depravado” (Rodigou, 2010). Por otra parte, ante casos de extrema crueldad el pensamiento se detiene frente a la frontera del horror y se apela a la categoría de lo “inhumano” para designar aquello que resulta incomprensible.

Por otra parte, los discursos sobre la violencia contra las mujeres se encuentran entrelazados con discursos que versan sobre otros tópicos sociales, como puede ser el discurso sobre la familia o sobre los géneros. El discurso tradicional que insiste en que *la* familia (heterosexual y reproductiva) es la base de la sociedad apuntala un discurso que supone la necesidad de la unidad familiar y esconde las relaciones de poder y dominación que se dan en ese ámbito. Desde otra posición político-cultural, los reconocimientos legales de la equidad social de los géneros ha surtido como efecto un discurso que apuntala la “ilusión de la igualdad” en las prácticas sociales y culturales actuales, desconociendo las desigualdades de género aún existentes.

El par analítico visibilidad / invisibilidad tiene algún tipo de dificultad cuando lo remitimos solamente a la metáfora óptica en términos de luz / oscuridad. Prefiero retomar, para pensar los anteriores interrogantes, un texto de Ana María Fernández de 1989 “Violencia y conyugalidad: una relación necesaria” -yo diría ya de referencia ineludible en este campo. Fernández nos dice que un invisible social es producto de una acción, es lo denegado en lo social, y que además, lo es porque opera *otro sentido para esa práctica social*. Así, explicita: “El mismo proceso en el cual se invierte de determinado sentido cierta práctica social, vuelve impensables otros sentidos que desmientan el sentido otorgado” (1989, p.44). De esta forma, la práctica violenta no se reconoce como tal en tanto *otro sentido* (el exceso de celos, la pasión, el descontrol emocional,

la “provocación”, la “naturaleza” masculina o la naturaleza de las relaciones conyugales) está ocupando su lugar.

A partir de la investigación realizada en la ciudad de Rosario (CISCSA, 2005), reconstruimos lo que llamamos “mecanismos de invisibilización” de la violencia contra las mujeres. Uno de ellos es *la naturalización de actitudes y comportamientos sexistas basados en estereotipos de género*, que implica desconocer las experiencias de violencia cotidiana vividas por las mujeres, como son los gestos y agresiones verbales, el hecho de ser miradas como objeto sexual o soportar comportamientos invasivos de su intimidad corporal.

Otro mecanismo es *la relativización del daño* y las consecuencias que implican para las mujeres, que se expresa claramente bajo las frases “no fue grave... no la violó”. Como advierten Marugán Pintos y Vega Solís (2002), la violencia es atendida recién cuando ésta cruza los límites de lo “aceptable” o lo tolerable culturalmente en determinada sociedad. En ese sentido, muchas de aquellas violencias que atentan contra las mujeres en sus vidas cotidianas, que las retraen de sus proyectos de estudio, trabajo o participación social y política, y que generan miedo e inseguridad, son relativizadas y minimizadas. No se reconoce de esta forma los efectos de la violencia en la vida, la autonomía y la libertad de las mujeres, y aquellas que denuncian estos hechos son caracterizadas como “exageradas”.

El tercer mecanismo es *la responsabilización a las mujeres* por las conductas agresivas de las que son objeto, por el cual, además de implicar una nueva violencia como sufrimiento psíquico, entraña un silenciamiento de sus voces en el presente y un efecto de aislamiento en el futuro. En consecuencia, no se ponen en marcha acciones de ayuda y solidaridad desde el contexto familiar y social en el que se desenvuelven estas mujeres. Al mismo tiempo que se responsabiliza a las mujeres, se efectúa un trabajo activo de desculpabilización del agresor.

Otro mecanismo es *la asociación de la violencia contra las mujeres a ciertos grupos sociales*, en general, a los sectores sociales con menores recursos económicos y educativos, limitando de esta

forma la concepción de la violencia contra las mujeres en nuestras sociedades, así como su magnitud.

Y finalmente, la *patologización* obtura la visión de la violencia contra las mujeres como un fenómeno cultural que se ejerce y tolera en una sociedad donde permanecen vigentes las desigualdades entre varones y mujeres. La violencia aparece como un fenómeno individual y psicopatológico, considerándose al agresor como un enfermo “mental: “es un loco”, “es un enfermo, un psicópata”.

¿Discursos que dicen o hacen?

Una forma de aproximarse analíticamente a lo que sucede en los grupos de discusión es pensar que allí se desarrollan discursos *sobre* la violencia de género, y desde esta lógica, metodológicamente, se enfatiza un análisis temático y categorial, buscando lo que se dice *sobre* un objeto ya dado, ya construido, donde el lenguaje aparece desde una función referencial.

Desde un enfoque socioconstruccionista, sin embargo, entendemos que en esas prácticas discursivas se construye y se reconstruye la violencia de género. Desde esta óptica, entonces, el análisis categorial busca recuperar y comparar los aspectos parciales que *constituyen el objeto* en cuestión. Pero nuestro análisis sería endeble y escasamente decidor si sólo se refiere al *qué*, sin incluir el *cómo* y el *por qué* se construyen esos discursos.

En el grupo de discusión se construyen discursos destinados a *un otro*, y es por esto, que afirmamos que nos permite ver la dinámica sociodiscursiva de transformación-reproducción *in situ*. Un otro que se constituye como audiencia que reafirma, niega, contradice, sostiene la palabra individual. Un/os otro/s que comprenden los otros presentes en el grupo, el investigador/la investigadora, los supuestos o imaginados lectores/destinatarios del producto de la investigación, y hasta el propio sujeto enunciador. Es ante esa

audiencia, presente o no físicamente, que la palabra de los sujetos cobra sentido, en tanto es negada, discutida, afirmada, valorada, comprendida. En suma, es en esa relación dialógica que dicha palabra adquiere su valor epistémico y su valor moral²⁷.

Es desde aquí que comprendimos, que en nuestras investigaciones, la violencia contra las mujeres no era solamente un tema de debate u opinión para los participantes de los grupos de discusión; los implicaba en sus experiencias cotidianas como protagonistas partícipes o testigos, y en muchos casos, con alto compromiso tanto en la transformación como en la reproducción de dicha violencia.

Por otra parte, en muchas ocasiones, advertimos que el discurso realizaba lo que enunciaba. Son, en realidad, *discursos que hacen*, que tienen efecto performativo, prácticas discursivas, que como tales, son “acciones que construyen, actualizan y mantienen la realidad”, como nos señalan Cabruja, Íñiguez y Vázquez (2000, p. 68).

A modo de ejemplo, traigo a la lectura un intercambio producido en uno de los grupos de discusión conformados en la investigación “Percepciones de la violencia urbana hacia las mujeres”, el de las agentes de Seguridad, conformado por comisarios policías varones, mujeres policías del Centro de Orientación a la Víctima de Delitos Sexuales (comúnmente llamado Comisaría de la Mujer) y mujeres integrantes de la Guardia Urbana Municipal de la ciudad de Rosario. Analizamos en este texto que a continuación transcribimos, la *ridiculización* que se realizó de una situación de violencia que atravesaba una mujer que acudió telefónicamente a la policía.

27 Nos apartamos aquí de la postura de Canales y Peinado, donde la producción del discurso supone solamente que el grupo de discusión “trabaja para otro, sirve para otro” (1995, p. 293) en relación a la figura del prescriptor y su solicitud.

V1: (...). A mí me pasó la semana pasada, que *el marido le metió el control remoto en la boca hasta la... hasta acá...* (y muestra la garganta)
(*Risas*)

V2: Y le cambió..., de frecuencia

V3: Qué le cambió, el ojo de color.

(*V1 y V2 se ríen*)

V3: *Media hora en el teléfono (risas)*

V1: No, pero pobre mujer, estaba desesperada la señora, lloraba... Estuvo media hora en el teléfono, eran las 11 y media de la noche, yo te digo, estuve, estaba desde la mañana... tenía un hambre, estaba desesperado, me quería ir a mi casa...

M: vení al teléfono nuestro, un ratito, venía a quedarte en la comisaría nuestra un ratito... (*se ríe*)

V1: claro el tipo es un arquitecto, mirá que caso especial, vive en la barranca, tiene una casa que es millonaria, y a esta mujer la tiene viviendo en un sótano... (*risas compartidas por todo el grupo de policías, incluido el que relata el hecho*)²⁸

(Varones y mujeres policías. GD Agentes de Seguridad - CISCOSA 2005)

En este diálogo aparece la ridiculización en acto. Las risas que se transcriben *ut supra* no son sonidos o gestos que solamente acompañan el relato verbal: en este caso, es una acción que ridiculiza la situación de violencia que vive una mujer –por demás terrible- que es planteada por uno de los comisarios que intentó realizar un relato “serio” sobre el pedido de auxilio que había recibido telefónicamente. Los otros se ríen, el comisario que realiza el relato finalmente también se ríe. Al término de esta situación otro de los comisarios cuestiona la convocatoria y a la coordinación, en este caso a mi persona como coordinadora y como representante de la institución que lleva a cabo la investigación, con las siguientes palabras: “yo creo que entiendo, yo creo que entiendo usted dónde apunta acá ahora...Ahora yo le pregunto, la institución que usted representa, qué hace o qué piensa, qué respuesta da a una mujer

28 Todos los destacados que se muestran en la reproducción de los diálogos grupales o las expresiones individuales realizadas en los grupos de discusión a lo largo del artículo, son nuestros.

que permite ser sometida, una vez, dos veces, tres veces, cinco veces, eehh?”

La ridiculización actúa negando la gravedad de la violencia. Es algo de lo que se puede reír socialmente. La asociamos en este sentido al mecanismo de relativización ya descripto, en tanto producen las mismas consecuencias. Pero al mismo tiempo se constituyó en una expresión más de la violencia contra las mujeres que apareció en la escena grupal, dirigida específicamente a las mujeres no-policías presentes en el grupo de discusión, incluyendo la coordinadora y la observadora.

Disputar y deconstruir los discursos hegemónicos

En este punto del análisis cabe preguntarnos si los grupos de discusión se pueden constituir no sólo en un espacio, como decíamos antes, en donde observar *in situ* los conflictos sociales, sino un espacio en donde los propios participantes se pueden dar una tarea de deconstrucción crítica de los discursos hegemónicos.

En la investigación desarrollada en Rosario (CISCSA, 2005), nuestros análisis buscaban reconocer los distintos subgrupos o fracciones grupales en los grupos y sus posiciones sociodiscursivas respecto de la violencia contra las mujeres, enfatizando de esta manera el análisis del debate social.

Sin embargo, a medida que avanzábamos en la reconstrucción y análisis de los textos grupales, de mayor importancia resultó observar cómo la conversación se iba gestando, es decir, cómo se conversa y a través de esta conversación, cómo se va realizando una construcción conjunta de sentido. Ibáñez (1981, en Domínguez Sánchez-Pinilla y Dávila Leguerén, 2008) señala en este sentido que el conversar es una tarea colectiva de elaboración simbólica e inscripta tanto sociológica como socialmente²⁹. Es así que en esa elaboración, en esa tarea colectiva, nos interesa pensar, como

²⁹ La conversación es una práctica social altamente desarrollada en nuestras sociedades occidentales contemporáneas.

dicen Domínguez Sánchez-Pinilla y Dávila Leguerén, la práctica discursiva de los grupos de discusión como una conversación “generadora de significación y no sólo de información” (2008, p.102). Es decir, cómo los sentidos producidos van tensionándose, enredándose, de una forma singular en este aquí y ahora del grupo de discusión, sin dejar de manifestar sus resonancias sociales. Es en esta conversación que aparece la posibilidad de nuevas significaciones respecto de las prácticas de violentación sobre las mujeres.

Así, en el grupo de discusión de jóvenes de sectores empobrecidos (CISCSA, 2005), se abre esta posibilidad en la conversación grupal, a partir de un interrogante que instala la coordinación respecto de los supuestos “consentimientos” en casos de violencia sexual que funcionan como mecanismo de responsabilización de las mujeres y desresponsabilización de los varones.

Coord.: ¿y cómo hubiera sido si ella estuviera dándole motivos?

M1: y, mirarlo de otra forma, un guiño, eso es otra cosa, ahí sí

Coord: para ver si entiendo bien, diríamos que ella no le daba motivos para que él se acercara a violarla porque iba a trabajar...

M1: claro

Coord: pero si ella lo hubiera guiñado, ¿le estaba dando motivos?

M1: sí, porque buscaba otra cosa...

M2: pero qué, ¿una mujer va a buscar que la violen?

M1: bueno, pero si uno le hace un gesto así es obvio que el hombre se va a acercar... no se va a quedar lejos sonriendo...

M2: pero ¿a vos no te parece violento que una persona viole a la otra así sea su esposo?

M1: sí, es violento

M2: y no tiene derecho tampoco

M1: yo veo todos los gestos, de todos los motivos que pueden llegar a eso, *si no le dio motivos no tiene derecho...*

M3: *no, que le haga un guiño o que se yo, que le insinúe al pibe que le gusta no quiere decir que el pibe pueda venir y la viole*³⁰.

(GD Jóvenes mujeres y varones de sectores medios empobrecidos

Investigación CISCSA 2005)

30 Los destacados son nuestros.

En el caso de la investigación que realizamos sobre las trayectorias laborales de las y los docentes de la Universidad Nacional de Córdoba, incluimos en la encuesta una escala Lickert sobre estereotipos de género, que se había aplicado en cinco ciudades sudamericanas³¹, pero en este caso los resultados resultaron irrelevantes para el análisis. No había respuestas de los y las docentes encuestados que dieran cuenta de la asunción de estereotipos tradicionales de género ¿Qué pasaba con las y los docentes e investigadores universitarios? Como parte de la comunidad universitaria que se asume como una institución “progresista” de la sociedad, es poco probable que sus docentes asuman explícitamente proposiciones política y culturalmente inaceptables, como se podían encontrar en las afirmaciones estructuradas ofrecidas en la escala de actitud. No obstante, a la hora de señalar si conocían expresiones de violencia de género, hubo porcentajes significativos de respuestas que daban cuenta de la existencia de esta problemática³², asimismo en los diálogos que se establecieron en los grupos de discusión, se relataron prácticas sustentadas en estereotipos tradicionales de género, cuando no misóginas y homofóbicas. Son otros los que desarrollan esta práctica. Al mismo tiempo, es en estos contextos “políticamente correctos” que las situaciones de discriminación aparecen visualizadas como excepción a la regla, como señala Iris Young (2000).

Así, uno de los docentes participantes en los grupos de discusión entendía que la violencia contra las mujeres seguía sucediendo en otros sectores sociales de nuestra sociedad (los sectores más vulnerados socioeconómicamente), pero que esta situación no era

31 Nos referimos al Proyecto Regional Mercosur: “Instrumentos para la Gobernabilidad Urbana: Indicadores Urbanos de Género”, desarrollado en cinco ciudades del Cono Sur por CISCESA – Coordinación de la Red Mujer y Hábitat de América Latina y financiado por UNDP – UNIFEM Brasil y Cono Sur.

32 Un 25,7% reconoció la existencia de chistes, burlas y sarcasmos vinculados a ser mujer, varón, orientación sexual o identidad de género en el ámbito universitario; el 20,8% indicó conocer situaciones de discriminación por estos motivos; el acoso sexual fue señalado en un 15,3%; y un 8% declaró conocer amenazas y agresiones (Rodigou y otras, 2011).

posible en la universidad. De esta forma, no *veía* manifestaciones de violencia en el contexto de su unidad académica ni en otras partes de la universidad. En el transcurso del grupo, y ante las diversas manifestaciones y análisis que realizaban sobre la presencia de violencia de género y especialmente violencia contra las mujeres que realizaban otras docentes participantes, lograron erosionar la “naturalización” de su mirada, cuestionándose de esta manera: “Permanentemente, yo soy testigo de violencia de género en otros ámbitos, ¿qué pasa? Hace quince años que estoy en la Universidad como profesor, ¿por qué es que no lo veo?”.

Nominar la violencia contra las mujeres: reflexividad y política

En la investigación desarrollada en la Universidad Nacional de Córdoba, una profesora asistente, que había permanecido callada durante largo tiempo en uno de los grupos de discusión, pone en conocimiento de los participantes una situación reiterada de descalificación de su trabajo por parte del titular de la cátedra, al mismo tiempo que un colega varón, por el mismo trabajo, recibe una valoración sumamente positiva del mismo trabajo, y pregunta: “¿*Eso es violencia?*”, recibiendo la confirmación de la nominación por parte de los otros participantes.

En otro grupo de discusión, un profesor señaló, al cabo de los primeros tramos de la sesión en donde las docentes mujeres habían expuesto situaciones y experiencias personales de discriminación de género: “La conversación *me hace pensar en todas las cosas invisibles* que por allí salen después de un acto reflexivo y de discusión. Empecé a *forzar* mi experiencia reciente...”, refiriendo a continuación la situación de maternidad de una docente que no se contemplaba en el equipo de cátedra a la hora de realizar la distribución de horarios de los trabajos prácticos, y reflexionando al final: “Cuando lo discutimos, nadie reparó en eso (...) *Eso fue violencia*”.

Como se observa en estas dos situaciones, encontrar-se con otro*s en un espacio que se crea como un espacio para decir -la instancia del grupo de discusión-, permite nombrar como *violencia* a situaciones concretas que viven estas personas. El nombrar provoca un movimiento de resemantización sobre experiencias, actos, situaciones que, aunque vividas con malestar por las personas que las han vivido, han sido significadas como inherentes a la vida marital, a las rutinas institucionales y del trabajo, o a la dinámica social existente en los entornos urbanos. De esta forma, (re)significar la experiencia como una violencia que se vive por razones de género posibilita producir nuevos discursos, nuevos relatos, nuevas narrativas desde ese primer acto que es nombrar.

Nominar aparece así como una acción que, al mismo tiempo que permite visibilizar la “violencia contra las mujeres”, constituye al propio sujeto enunciatorio como sujeto político.

El grupo de discusión no es entonces meramente un artefacto metodológico de indagación, de producción de narraciones, de textos o de discursos más o menos institucionalizados que luego construiremos como “datos”. También es un dispositivo de reflexividad, con consecuencias no predecibles y en general escasamente conocidas o indagadas por el equipo de investigación luego de concluida la sesión de trabajo. El grupo de discusión aparece como un espacio desde donde pueden enunciarse nuevas formas de comprensión de la realidad, lo cual supone la puesta en acto de agencias que permiten disputar sentidos a discursos hegemónicos. Recuperamos aquí la posibilidad del grupo de discusión no por su cualidad de lo grupal ni en su forma-grupo, sino por el espacio intersubjetivo que se configura y que permite la construcción conjunta de nuevos (o distintos) sentidos a partir de dialogar “con” otros. Es este “entre” el que buscamos destacar aquí, en tanto supone el reconocimiento de las diferencias y de los conocimientos parciales, que se juegan en su “forma-conversación”.

No es menor aquí el lugar de la coordinación que interroga, habilita, puntúa, discute, pone en tensión las habitualidades sociales y crea, de esta forma, las condiciones de posibilidad para que otros sentidos puedan ser enunciados. Seguimos aquí las operaciones que señala Ana María Fernández en la coordinación de grupos, desde una posición en donde la función de la coordinación se corre del lugar de saber y busca, por el contrario, facilitar “la capacidad imaginante singular-colectiva” (1999, p.158).

Los sujetos, en la situación de investigación social, *desbordan* continuamente su status de objeto, en el que tradicionalmente se los ha ubicado y tratado. De esta forma, “... incorporan su posición en relación con la posición observadora, de manera que hasta la aceptación de su papel como objetos de observación [...] lleva implícito su carácter de sujetos, pues aceptan pasar por objetos en cuanto sujetos” (Callejo, 1998, p.37). Los sujetos entonces, desde esta óptica, dejan de ser meros soportes de discursos.

En la tradición española, la participación en los grupos de discusión mantuvo el carácter de la convocatoria remunerada³³ típica de los *focus group* de las investigaciones norteamericanas³⁴. No ha sido lo mismo en muchas de las investigaciones realizadas en el contexto latinoamericano. Si los objetivos de las investigaciones les resultan de interés, las personas quieren participar y se enuncian desde ahí como sujetos. Como nos dice Callejo (1998, p. 37), se despliega una *subjetividad estratégica* con respecto a la investigación. Y acota que, en muchas ocasiones, las personas participantes tienen mayor confianza en la eficacia de la investigación para la transformación social que los propios investigadores.

Desde este lugar, es que cuestionamos cierto presupuesto canónico de la investigación psicosocial y sociológica tradicional acerca

33 En el artículo de Canales y Peinado (1995), los autores hacen énfasis en la regla de la contraprestación económica, apelando a criterios psicoanalíticos para interpretar el riesgo posible para el funcionamiento del grupo, de una “donación” del discurso sin retribución. En este caso, ¿por qué no se ha aplicado el mismo criterio en otras técnicas cualitativas como son los grupos de discusión? Pero más sustantivamente, no coincidimos en pensar la participación como “donación” desde nuestra posición epistémico-política.

de que las y los participantes deben saber lo menos posible acerca de los propósitos de la investigación. Según dichos presupuestos, una participación “desinteresada” estaría a la base de un conocimiento lo más “objetivo” posible. Sin embargo, los sujetos saben y desean participar, en todo caso, nuestra tarea es acompañar y favorecer esta participación y entender las razones por las que estas personas quieren conversar con otros, expresar sus puntos de vista sobre algún tema o algún aspecto de la realidad, y contar sus esperanzas, anhelos, temores y angustias asociadas al mismo. En este sentido, los así llamados “participantes de la investigación” pueden convertirse en protagonistas, colocando el tema y sus prioridades ante los investigadores. En nuestro caso, luego de haber realizado la investigación sobre las trayectorias docentes universitarias en la Universidad Nacional de Córdoba, recibimos como equipo de trabajo demandas por parte de trabajadoras no docentes de la misma universidad, de incluir en una investigación futura sus condiciones de trabajo y especialmente situaciones de violencia y acoso laboral que vivían.

Ibáñez (1979, en Valles, 1997) anticipa la importancia del deseo del sujeto, en aquella indicación que realiza al prescriptor del grupo de discusión respecto de la “provocación inicial” al momento de enunciar la consigna de trabajo para el grupo de discusión. Sin embargo, el interés de los participantes no resulta sólo de la intervención inicial que realiza la coordinación, sino que se inicia en el momento mismo en que se decide acudir a la convocatoria del grupo de discusión.

En el caso de las dos investigaciones que estoy refiriendo, no fue de menor relevancia la aclaración, al inicio del trabajo de los grupos de discusión, respecto de que la información recogida iba a servir para definir políticas municipales en una de las investigaciones y políticas institucionales universitarias en la otra, para el posicionamiento y la discusión que se dieron los grupos. Su palabra era requerida tanto porque nos interesaba su perspectiva

y comprensión acerca de la problemática que se investigaba, y en este sentido, son las personas que *saben*³⁴, sino porque interesaba conocer cuál era el tenor de las propuestas de transformación de las situaciones de violencia contra las mujeres que surgían en estas conversaciones.

Reflexiones finales

Callejo (1998) afirma que la sociología reflexiva, o en forma más abarcadora, la preocupación por la reflexividad, ha estado más atenta a la subjetividad del sociólogo -y por extensión del/a investigador/a-, que a la de las personas observadas. La subjetividad del observado queda subsumida en la subjetividad del observador, en ese “vernó como otros”, y observar cómo nuestra posición de clase social, género, etnia, orientación sexual, generación, u otra, se incluye en nuestras observaciones y producciones de conocimiento. Recuperamos nuestra posición de sujetos (situados, encarnados) discutiendo con el carácter neutral adjudicado a la producción científica y a los investigadores; volvemos una mirada a nuestros procesos personales, a los impactos que produce, a veces en una excesiva descripción de los mismos (transcripciones infinitas de diarios de campo) sin relación necesaria con lo que aporta a la producción de conocimiento. Sin embargo, este proceso de subjetivación del proceso científico no siempre conlleva, o por lo menos del mismo modo, el reconocimiento del carácter de sujetos de las personas participantes en nuestros proyectos de investigación. En este sentido, es sintomática la existencia de una ya importante producción de ensayos y artículos sobre la reflexividad de los investigadores, mientras es escasísima la referida a los *otros* sujetos participantes.

34 Interpelación que algunos autores recomiendan -como regla técnica- para la captación del interés de las personas participantes. Al respecto, Canales y Peinado hablarán de “la infatuación narcisista del grupo” (1995, p.307-308), destacando que es el prescriptor quien da la legitimidad de la palabra del grupo y de cada uno de ellos (más allá que la expresión deja traslucir cierta “artificialidad” respecto del reconocimiento al saber que tienen los integrantes del grupo).

Por otra parte, como investigador*s accedemos solamente a un momento puntual de un proceso de reflexión que presenta una temporalidad mayor para los participantes. Reconstruimos, en articulación con nuestra propia posición situada desde la cual comprendemos, algunos de los sentidos que se producen en esa instancia, siempre “recortada”, de la vida de los sujetos. No obstante estos límites, es importante advertir que en esa instancia se producen experiencias que pueden marcar rutas diversas en la vida de las personas participantes: haber puesto nombre a una experiencia, participar de un espacio donde son escuchadas y sus conocimientos y opiniones cobran valor, encontrar otras interpretaciones de lo que sucede en su vida cotidiana.

Es entonces, desde este lugar que retomamos el planteamiento realizado al inicio de este artículo. Desde nuestra perspectiva, el trabajo de las investigaciones pretendía aportar a la transformación de aquello que estábamos investigando: qué decimos, qué entendemos, qué nos significa y qué vivimos como *violencia contra las mujeres*. Pero nuestra posición crítica como investigador*s no sólo se juega en el análisis de las narrativas, los discursos, o los textos grupales que se producen en el transcurso de la investigación, para contribuir al desarrollo de intervenciones futuras en esta problemática.

Entendemos que al buscar favorecer la producción de nuevos discursos, se configuran nuevos sentidos tanto en lo que “pasa” y transcurre en los grupos como en nuestras propias explicaciones y comprensiones acerca de la violencia contra las mujeres. De esta forma, no sólo los resultados de la investigación sino que el propio proceso de investigación puede estimular reflexividad y transformación, en tanto podemos objetivar alcances, límites, fortalezas y debilidades de los discursos y sentidos construidos sobre la violencia contra las mujeres.

Es así que poner en cuestión la tolerabilidad existente en nuestra sociedad respecto de la violencia contra las mujeres, provocar su

desnaturalización, posibilitar espacios donde se abren grietas en los discursos hegemónicos naturalizados, son tareas que hacen a la dimensión ética y política de nuestros trabajos de investigación.

Referencias bibliográficas

- Cabruja, T.; Íñiguez, L.; Vázquez, F. (2000) “Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad”. *Anàlisi* 25, pp 61-94.
- Callejo, J. (1998) “Articulación de perspectivas metodológicas: posibilidades del grupo de discusión para una sociedad reflexiva”. *Papers* 56, pp. 31-55.
- Canales, M. y Peinado, A (1995) “Capítulo 11. Grupos de Discusión” en Delgado, J.M. y Gutiérrez, J. (Comp.) *Métodos y Técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*. pp. 287-316. Madrid: Síntesis Psicología.
- Castorina, J.A. (2005) “Las prácticas sociales en la formación del sentido común. La naturalización en la psicología”. En Lomovatte, S. y Kaplan, C. (Coords.) *Desigualdad educativa. La naturaleza como pretexto* (pp 21- 38). Buenos Aires: Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico.
- CISCSA (2005) *Informe de la Investigación cualitativa “Percepciones sobre la violencia urbana hacia las mujeres en la ciudad de Rosario. Argentina”*. Programa Regional Ciudades sin violencia para las mujeres, Ciudades seguras para todos. UNIFEM Equipo de Investigación: M. Rodigou, S. Pérez, M. Nazar y P. Blanes.

- Dávila, A. (1995) “Capítulo 2. Las perspectivas metodológicas cualitativa y cuantitativa en las ciencias sociales: Debate teórico e implicaciones praxeológicas”. En Delgado, J.M. y Gutiérrez, J. (Comp.) *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*. Madrid: Síntesis Psicología.
- Domínguez Sánchez-Pinilla, M. y Dávila Legerén, A. (2008) “Cap. 5. La práctica conversacional del grupo de discusión: jóvenes, ciudadanía y nuevos derechos”, en Gordo López, A.J. y Serrano Pascual, A. (2008) *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*. pp. 98-125. Madrid: Pearson Educación S.A.
- Flick, U. (2004) *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid, Morata.
- Fernández, A.M. (1989) “Violencia y conyugalidad: una relación necesaria”, en Giberti, E. y Fernández, A.M (1989) *La mujer y la violencia invisible*. Bs.As.: Edit. Sudamericana.
- Fernández, A.M. (1999) *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Bs.As: Edit. Nueva Visión.
- Haraway, D. (1995) “Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial” en Haraway, Donna (Ed.) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra
- Marugán Pintos, Begoña y Vega Solís, Cristina (2002) “Gobernar la violencia. Apuntes para un análisis de la rearticulación del patriarcado”. *Política y Sociedad*, Vol. 39, 2, p. 415-435.
- Rodigou Nocetti, M. (2010) “Violencia hacia las mujeres y los medios de comunicación: construyendo recursos”. *Memorias del Seminario Internacional “Mujeres Seguras en las Ciudades Futuras. Hacia una vida sin violencia de género: visiones y propuestas”*. pp. 145-161. D.F., México: Comisión Nacional para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres México.

- Rodigou Nocetti, M.; Blanes, P; Buriyovich J. y Domínguez, A. (2011) *Trabajar en la Universidad. (Des) igualdades de género por transformar*. Córdoba: Editorial Universidad Nacional de Córdoba
- Valles, M. (1997) “Cap. 8. Técnicas de conversación, narración (III): Grupos de discusión y técnicas afines”, en *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. pp. 279-335. Madrid: Ed. Síntesis
- Young, Iris (2000) *La justicia y la política de la diferencia*. Madrid: Edic. Cátedra.

ARGENTINA, UN PAÍS EN MOVIMIENTO... PERSPECTIVAS DE ANÁLISIS, EXPERIENCIAS DE MOVILIZACIÓN SOCIAL Y RECURSOS METODOLÓGICOS

MARCELA ALEJANDRA PARRA*

Introducción

Entendemos que la investigación es una producción de formas de conocer y de hacer que tienden a construir, desde situaciones concretas, el mundo que soñamos y es, en ese sentido, que hablamos de *investigación militante*. Dicha forma de investigación, en tanto posición ético-política, tiene como presupuestos principales *el compromiso con la transformación social y la consideración del otro como compañero de lucha* (Colectivo Situaciones, 2003).

En ese sentido es que hablamos de sujetos de estudio –más que de objetos de conocimiento- enfatizando además de esta forma el carácter vivo y dinámico de los procesos con los cuales pretendemos *articularnos* (Haraway, 1991).

Asimismo, entendemos que *la investigación forma parte de nuestras acciones de transformación social* no en términos de un “deber ser” o de una concepción instrumentalista de la acción respecto a la investigación sino en tanto responsabilidad ética, de compromiso político y como condición de posibilidad de nuestro conocimiento.

Inspirados en esta concepción, hemos desarrollado nuestro trabajo de tesis doctoral, a través del cual nos hemos propuesto, en tanto investigadores, establecer *articulaciones* (Haraway, 1991)

* Doctora en Psicología Social por Universidad Autónoma de Barcelona (UAB). Profesora Regular e Investigadora de la Universidad Nacional del Comahue participando actualmente del proyecto Nueva Configuración Social y Movimientos Sociales en el Alto Valle de Río Negro y Neuquén. Tras las huellas de la crisis del 2001. Psicóloga del Centro de Atención Primaria de la Salud Parque Industrial (Zona Sanitaria Metropolitana, Neuquén). Magíster en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO, México). Licenciada y Profesora en Psicología (UNC). Correo electrónico: marcelaalejandraparra@gmail.com

con algunas experiencias de movilización social que emergieron, se fortalecieron y/o se visibilizaron con más fuerza en Argentina a partir de diciembre del 2001. Más específicamente, con algunas experiencias de trueque, asambleas barriales, fábricas recuperadas y movimientos de desocupados que se desarrollaron en dos provincias del interior del país, Córdoba y Neuquén.

En dicho trabajo de investigación hemos partido del supuesto de que vivimos en un mundo capitalista al que queremos transformar y que nuestra motivación principal al investigar es colaborar en la construcción de un mundo más justo, más humano y más solidario. En ese marco, entendemos que nuestra tarea es una de las maneras que tenemos de luchar para que ese mundo que soñamos sea posible.

Al mismo tiempo, consideramos que las distintas experiencias de movilización social encierran tanto elementos de transformación como de reproducción social o, en términos de Butler, elementos de potencia como de poder ubicándonos por tanto en una posición distante tanto del optimismo ingenuo como del derrotismo que impide ver los signos de transformación –a la vez que los límites– presentes en las distintas experiencias.

En este marco, el objetivo general de nuestro trabajo ha sido conocer cómo las experiencias de movilización social que emergieron, se fortalecieron o se hicieron más visibles en el interior de Argentina a partir de diciembre del 2001 -asambleas barriales, fábricas y empresas recuperadas, movimientos de trabajadores desocupados y nodos de trueque de Córdoba y Neuquén- transforman el mundo capitalista en que vivimos a la vez que procuran construir un mundo más justo, más solidario y más humano. Dentro de este objetivo general, nuestros objetivos específicos han estado diferenciados en tres niveles: un nivel teórico; un nivel empírico; y un nivel metodológico.

En este artículo, quisiéramos retomar los objetivos generales y específicos que nos habíamos propuesto al inicio de nuestra investigación para dar cuenta de las respuestas situadas y provisionarias que fuimos intentando dar a cada uno de ellos. Así,

presentaremos las más importantes perspectivas de análisis construidas, las principales reflexiones surgidas a partir de las articulaciones establecidas con algunas experiencias de movilización social así como también reflexionaremos, a partir de nuestra propia práctica investigativa, acerca de los alcances y los límites que, en tanto recurso metodológico, tiene la investigación militante.

La construcción de una mirada teórica acerca de las experiencias de movilización social

A nivel teórico, nos habíamos propuesto construir una mirada propia no totalizadora acerca de las experiencias de movilización social que ocurrían en nuestro país donde pudiéramos articular, de manera productiva, las diferentes perspectivas teóricas que nos atravesaban. Dicha mirada implicó construir una posición epistemológica que tiene influencias de los conocimientos situados de las epistemologías feministas y que se inspira en la propuesta de la investigación militante. Dicha mirada implicó también pensar críticamente cómo habían sido construidos los movimientos sociales en América Latina como sujetos/objetos de estudio y re-significar, desde la perspectiva situada que nos posibilitaron las articulaciones establecidas con las distintas experiencias de movilización social, las características que diferentes autores atribuyen a la movilización social en América Latina sin repetir algunos “lugares comunes”.

Esta mirada fue finalmente configurada en torno a dos grandes ejes de análisis: el Eje I donde desarrollamos las categorías de Sujeto, Acción y Articulación; y el Eje II donde desarrollamos el concepto de Transformación Social. Estos ejes fueron trabajados a partir de las tensiones que –consideramos- los atraviesan con el objetivo de que nos posibilitaran aproximarnos a la complejidad de los procesos de movilización social disminuyendo el riesgo de caer en una mirada totalizadora que piense a dichos procesos o como pura potencia o como pura limitación.

El Eje I: Sujeto, Acción y Articulación

Así, dentro del eje I, en primer lugar, propusimos/proponemos entender al *sujeto* desde aquella tensión que se da entre sujeción y subjetivación (Butler, 1997) o, dicho en otros términos, desde aquella tensión que emerge entre la ubicación estructural del sujeto y la apropiación subjetiva de las posibilidades de acción que dicho sujeto realiza (Colectivo Situaciones, 2002a).

De este modo, entendemos con Butler (1997) que existe una ambivalencia en el lugar de emergencia del sujeto puesto que dicho sujeto emerge simultáneamente como efecto de un poder anterior y como condición de posibilidad de una forma de potencia radicalmente condicionada. Ningún sujeto emerge sin un vínculo apasionado con aquéllos de quienes depende de manera esencial. La situación de dependencia siempre aparece como el punto de partida desde la cual se puede constituir una situación de autonomía relativa donde el sujeto, si bien no está completamente determinado por el poder tampoco determina completamente al poder sino que, por el contrario, ambas cosas ocurren parcialmente.

En el mismo sentido, entendemos que existe una distancia entre la ubicación estructural de los sujetos y lo que dichos sujetos hacen a partir y con dicha ubicación desde una lógica no de la necesidad sino de la determinación parcial. Es decir, el sujeto parte de condiciones históricas y materiales concretas a la vez que modifica dichas condiciones a partir de un movimiento de reapropiación que transforma la determinación en condición (Colectivo Situaciones, 2002b).

Así, hemos rescatado al sujeto como una categoría analítica productiva al enfatizar sus tensiones fundamentales. Un sujeto enraizado en condiciones materiales de existencia que no determinan pero condicionan; un sujeto dividido/barrado/inconsciente/sujetado (aunque siempre parcialmente); un sujeto a travesado por relaciones de poder; un sujeto que se mueve entre la tensión entre sujeción y agencia; un sujeto relacional que se constituye a partir del otro; un sujeto fragmentado y contradictorio cuyo lugar de emergencia es ambiguo.

Dentro de este mismo eje, en segundo lugar, proponemos que las *acciones* colectivas performan al sujeto de dicha acción y que lo hacen desde dos tensiones fundamentales: aquella que se da entre el carácter confrontativo y alternativo/autónomo de dichas acciones y aquella que se da entre la literalidad y la equivalencia de sus sentidos simbólicos/materiales.

Respecto a la primera tensión -la que se da entre el carácter confrontativo y alternativo/autónomo de las acciones, entendemos por acciones de carácter confrontativo aquellas que se mueven desafiando las formas y los espacios de poder establecidos al tiempo que entendemos por acciones de carácter alternativo-autónomo, aquellas que se dirigen a la exploración de nuevos mundos. Dentro de ese marco, no obstante, consideramos que cada acción colectiva, más que ser confrontativa “o” alternativa/autónoma, encierra en sí misma –aunque en diferentes grados y de acuerdo al momento- tanto dimensiones confrontativas como/“y” alternativas/autónomas.

Respecto a la segunda tensión -aquella que se da entre la literalidad y la equivalencia de sus sentidos materiales/simbólicos- proponemos entender la dimensión simbólica de las acciones desde la imposibilidad de fijar un sentido último, una literalidad de los elementos que la constituyen y desde su atravesamiento por las operaciones de condensación y desplazamiento (Laclau y Mouffe, 1985). En ese sentido, consideramos que las acciones colectivas están atravesadas por una dimensión signifiante –que es indisoluble de su materialidad – donde no existe un referente último del sentido de cada acción sino donde cada elemento cobra su significación sólo en relación a los demás (Pulice y otros, 2007).

En este contexto, entendemos que toda identidad en lucha –y toda acción emprendida desde cada una de las experiencias de lucha- está escindida entre la literalidad de su diferencia y la equivalencia que establece con otras identidades/acciones/experiencias, equivalencia que subvierte dicha literalidad. Por un lado, está el objetivo concreto y específico de cada experiencia de lucha y, por otro, se encuentra el

carácter general de oposición al sistema de dicho objetivo (Laclau y Mouffe, 1985).

En el marco de estas dos tensiones, el concepto de performatividad nos permite enfatizar tanto el carácter de reiteración como de subversión que tienen las acciones colectivas respecto al mundo y a los propios sujetos que protagonizan dichas acciones tendiendo un puente entre nuestra manera de entender la acción colectiva y nuestra forma de entender al sujeto. Así, de manera análoga a como conceptualizamos al sujeto, las acciones colectivas no surgen desde la nada o como pura exterioridad en relación al poder sino que, a la vez que buscan transformar el mundo en que vivimos, también lo reproducen, lo reiteran, aunque nunca de manera idéntica.

Finalmente, dentro del primer eje, proponemos pensar la *articulación* entre las diferentes experiencias de lucha social desde la tensión entre lo situacional y concreto de cada una de ellas y lo general y abstracto a partir de la cual cada una de las experiencias puede articularse con las demás. Es decir, proponemos pensar la articulación desde la tensión entre la profundidad e intensidad de cada experiencia de lucha y su posibilidad, junto a otras, de construir un espacio colectivo. Dichas articulaciones, aunque diversas, nunca son arbitrarias ni infinitamente contingentes sino que están enraizadas en las condiciones materiales de existencia.

Eje II: Transformación Social

Dentro del segundo eje, proponemos entender los procesos de transformación social desde la tensión entre el poder y la potencia. En ese sentido, siguiendo a Butler (1997), postulamos que el poder no es solamente algo a lo que nos oponemos, sino también, de manera muy marcada, algo de lo que dependemos para nuestra existencia. El sometimiento consiste precisamente en esta dependencia fundamental ante un discurso que no hemos elegido pero que, paradójicamente, inicia y sustenta nuestra potencia. La

potencia se produce así, a partir de una relación de contingencia e inversión con respecto al poder que la hace posible y al cual, no obstante, pertenece. En algún momento se produce una inversión y una ocultación, y el poder emerge como algo que pertenece exclusivamente al sujeto (Butler, 1997).

En este marco, entendemos que la potencia desborda al poder que la habilita (Butler, 1997) en un sentido similar al propuesto por el Colectivo Situaciones (2002b) cuando sostiene que el sujeto produce una distancia entre la ubicación estructural de la que parte y lo que dicho sujeto hace a partir y con dicha ubicación desde una lógica no de la necesidad sino de la determinación parcial. En este marco también, el término potencia remite a un acto creativo que desborda las constricciones dadas para tratar de fundar algo no previsto ni dominado totalmente por el juego de lo posible, algo que, en cierto sentido, es imposible. De este modo, la potencia desborda al poder al rebasar las constricciones presentes en un contexto-momento concreto (Ema, 2004a). Así, el hecho de que la potencia esté comprometida en la subordinación no es señal de una inevitable contradicción interna en el núcleo del sujeto sino, en todo caso, de la imposibilidad de sostener una visión del sujeto donde la potencia aparece siempre, y exclusivamente, en oposición al poder (Butler, 1997).

A partir de estos ejes, pensar los procesos de movilización social desde las tensiones que los hacen posible ha sido una constante, una apuesta prometedora desde la que hemos elegido no optar de manera excluyente entre el poder o la potencia, sino instalarnos precisamente en la tensión que existe entre ambas para, desde allí, pensar la complejidad de los procesos de transformación, sus matices, sus “y” sin caer en totalizaciones ni purismos.

Esta caja de herramientas propia/apropiada ha sido construida a partir del diálogo con diferentes sujetos (autores, dirigentes sociales, militantes de base, etc.) y de las tensiones surgidas en el proceso de querer comprender las diferentes experiencias de

movilización social que transforman el mundo que vivimos desde una idea de investigación militante. Esta caja de herramientas da cuenta de que, a pesar del enorme legado de elementos conceptuales que fuimos recibiendo en todos estos años, no pudimos instalarnos cómodamente en ninguno de ellos sino que fuimos lanzados a generar una articulación propia que tomara no sólo “lo nuevo” que veníamos aprendiendo sino que rescatara también “lo antiguo” que nos constituía y que rescatábamos como válido.

La producción de conocimientos situados a partir de la articulación con algunas experiencias de movilización social

A nivel de las experiencias de movilización social, en nuestra investigación nos habíamos propuesto producir un conocimiento situado acerca de cómo cada una de ellas transforman el mundo en que vivimos a la vez que buscan construir un mundo más justo, más humano y más solidario.

En ese sentido, en términos generales, podemos decir que no hay una sola manera de transformar el mundo sino que, cada experiencia con la que nos hemos articulado, nos muestra formas diversas y situadas de generar procesos de transformación social que atacan dimensiones distintas del capitalismo (desigualdad social, mercantilización de la vida, explotación, enajenación, fragmentación, individualismo, ataque al lazo social, etc.) y sus efectos (desempleo, exclusión social, pobreza extrema, etc.) a la vez que ponen a disposición de las distintas luchas sociales “otros mundos posibles”.

Mundos posibles que buscan ser más justos, más solidarios, más humanizados... que priorizan los espacios de construcción colectiva desde el diálogo y las relaciones horizontales; que buscan establecer relaciones sociales desde el reconocimiento y el respeto del otro; que entienden su tarea como servicio a la comunidad; que valorizan a los

sujetos por sobre los objetos. Mundos posibles que no son externos al sistema capitalista sino que parten de dicho sistema para, en un proceso de apropiación subjetiva de las posibilidades de acción, generar una potencia que, a la vez que condicionada, desborde al poder que la ha hecho posible. Como dice Julio Cortázar tomando las palabras de Troxler, “hay otro mundo, pero se encuentra en éste”.

En ese sentido, podemos decir que no hay una sola manera de transformar el mundo. No hay una sola manera tampoco de comprender lo que ha significado diciembre del 2001 en la Argentina, porque cada experiencia, “cada sitio constituye un universo simbólico diferente” (Plaza, 2002) y diferenciado. Cada experiencia de movilización social, en tanto potencia radicalmente condicionada, parte de “lo universal” del sistema capitalista que hay en su propia situación para transformarlo. De este modo, las particularidades de cada lucha muestran diferentes aspectos de la crítica al capitalismo en el contexto actual.

En términos específicos, la articulación con cada experiencia, ha resultado en una narración particular que intenta dar cuenta de los aprendizajes producidos y de las reflexiones compartidas. Narración que asume de antemano que las experiencias son mucho más de lo que sus protagonistas y nosotros mismos como investigadores podemos decir de ellas y de la cual quisiéramos destacar algunos puntos fundamentales que muestran las especificidades y el carácter situado de los procesos de transformación con los que nos hemos articulado a la vez que dan cuenta de algunas tendencias compartidas.

Asambleas Barriales en Córdoba

Así, en primer lugar, podemos decir que las Asambleas Barriales de Córdoba transforman el mundo creando formas territoriales y asamblearias de organización. En dichas asambleas barriales se

convocaron sujetos que, si bien en algún sentido pueden pensarse desde su multiplicidad y diversidad (género, edad, ocupación, trayectorias militantes, etc.) también deben ser considerados desde su pertenencia a una misma clase social (clase media) y desde la ocupación de un mismo espacio territorial (vecinos), puntos que configuran una ubicación estructural determinada.

Fue a partir de esta ubicación estructural (Colectivo Situaciones, 2002a) o puntos de sujeción (Butler, 1997) que las personas que participaron de las asambleas barriales protagonizaron un proceso de apropiación subjetiva de sus posibilidades de acción que se configuró en torno al significante “*¡que se vayan todos!*”. Significante que estuvo dirigido principalmente al cuestionamiento del sistema representativo y de la democracia formal y que posibilitó el ejercicio de formas de democracia más directa así como también el desarrollo de iniciativas comunitarias.

En cuanto a las acciones desde las cuales esta experiencia intenta transformar el mundo, podemos señalar algunas de tipo confrontativo: el cuestionamiento de los espacios de representación política instituidos; las iniciativas de control ciudadano; el diálogo y la negociación con los espacios políticos institucionalizados; la solicitud al Estado de que cumpla con sus deberes; y la disputa de espacios políticos institucionales. Otras acciones fueron más tipo alternativo-autónomo encontramos: las iniciativas comunitarias ligadas a la búsqueda de soluciones para las necesidades barriales; la difusión de información alternativa; la creación de espacios de participación ciudadana y educación popular; y la realización de actos simbólicos efectuados con un sentido crítico. Asimismo, otro tipo de acciones que se desarrollaron a partir de las asambleas fueron las acciones de tipo organizativo, las acciones intersectoriales y las acciones dirigidas específicamente a establecer articulaciones entre las mismas asambleas o con otros espacios de lucha social.

El mayor alcance de esta experiencia fue el rechazo a las “*viejas formas de ejercicio de la política*” mientras que el mayor límite estuvo

dado por la falta de claridad acerca de qué propuesta alternativa construir y la distancia entre algunas discusiones ideológicas-políticas y las posibilidades de llevar adelante proyectos concretos de acción.

Fábricas y Empresas Recuperadas de Córdoba y Neuquén

En segundo lugar, podemos afirmar que las Fábricas y Empresas Recuperadas de Córdoba y Neuquén transforman el mundo sosteniendo y mostrando la viabilidad de fuentes de trabajo dignas dentro de un contexto de profundización del desempleo; demostrando y demostrándose que la producción puede estar en manos de los trabajadores -y no sólo de la patronal- con las transformaciones subjetivas que ello implica; y uniendo lo que el capitalismo separa -al trabajador con el producto de su trabajo- a través de la creación de una relación más humana entre ambos.

En ese sentido, los sujetos que protagonizaron esta experiencia partieron de una ubicación estructural que los colocó en un momento como potenciales desempleados, a partir de la cual protagonizaron un proceso de subjetivación que se articuló en torno a la defensa del trabajo, la fuente laboral y la figura de trabajadores/cooperativistas/trabajadores sin patrón asumiendo la responsabilidad de gestionar su propia fuente de trabajo. Este proceso los enfrentó con uno de los mayores desafíos de los trabajadores de las fábricas y empresas recuperadas: el de asumir la transformación interna que, como sujetos, les exige el *“producir sin patrón”*.

Asimismo, estas experiencias intentan transformar el mundo creando modos de producción más humanizados que rompen de algún modo con la lógica capitalista. Así, las fábricas y empresas recuperadas generan formas de trabajo que tienden a la descentralización de las decisiones, la polivalencia de las funciones y la desaparición de las jerarquías salariales; ensayan maneras más justas y cooperativas de distribución de la riqueza al interior de

las mismas; ejercen modalidades más participativas, igualitarias y autónomas de gestionar los espacios laborales; y crean servicios a la comunidad con un sentido social que se contrapone a la búsqueda incesante de lucro.

Por último, estas experiencias colectivas de trabajo intentan transformar el mundo articulándose –aunque en diferentes grados según el caso- con otras luchas sociales; creando alianzas con sectores sociales excluidos; generando experiencias de producción autónomas; creando fuentes de información alternativas; construyendo iniciativas novedosas que pueden constituir ejemplos –en el sentido de apertura a de hacer- para otros trabajadores que atraviesan circunstancias similares; rompiendo con la propiedad privada al avanzar hacia la propiedad colectiva de los medios de producción; y constituyendo no sólo alternativas a la desocupación sino a la vida misma al crear otras formas de sociabilidad no regidas por el capital sino por la solidaridad, la justicia y la búsqueda de humanidad.

El mayor alcance de estas experiencias ha sido el haber mantenido puestos de trabajo y demostrado la sustentabilidad de las fuentes laborales en manos de los trabajadores en un contexto de profundo desempleo. El mayor límite ha sido el tener que sobrevivir en una economía de mercado competitiva y una legislación que no prevé la existencia de estas experiencias de trabajo colectivas.

Por todo lo anterior, más que hablar del fin del trabajo y, consiguientemente, de la desaparición de las acciones colectivas de los trabajadores, podemos decir que las fábricas recuperadas nos hablan del surgimiento de renovadas formas de resistencia relacionadas con el ámbito laboral y, por tanto, de una re-creación de la lucha obrera.

Movimientos de Trabajadores Desocupados de Córdoba y Neuquén

En tercer lugar, los Movimientos de Trabajadores Desocupados de Córdoba y Neuquén, transforman el mundo haciendo de su ubicación estructural de desocupados una condición desde la cual se erigen como trabajadores (desocupados). Esto a través de un proceso de apropiación subjetiva de sus posibilidades de acción que se fue articulando en torno al reclamo de un trabajo digno, la búsqueda de respuestas concretas a necesidades barriales y, en algunos casos, al interés por un gran cambio social.

En ese marco, estas experiencias transforman el mundo capitalista en que vivimos a la vez que procuran construir un mundo más justo, más solidario y más humano generando acciones colectivas novedosas como el corte de ruta -o “piquete”-; organizando tareas barriales en base a las necesidades de la comunidad (ropero y comedor comunitarios, copa de leche, espacios de alfabetización, etc.); recuperando –o instalando- la cultura del trabajo a través de la participación de los más jóvenes en proyectos productivos; haciendo reclamos al gobierno en función de solucionar problemáticas barriales (trabajo digno, luz, salud, educación, etc.); rompiendo lazos de dependencia con el Estado al generar proyectos autosustentables; y rompiendo la lógica clientelar al administrar los planes sociales con criterios alternativos y en función de fortalecer la organización barrial.

Asimismo, los movimientos de trabajadores desocupados fueron generando formas participativas de toma de decisiones a través instancias asamblearias; reclamando y generando iniciativas para el logro de un trabajo digno; estableciendo espacios de articulación con otras organizaciones y luchas sociales; alentando a las mujeres para que salieran de sus casas y ocuparan espacios barriales; promoviendo relaciones más igualitarias entre los géneros; creando espacios de educación popular y de formación política; e incentivando formas solidarias de gestionar recursos; y trabajando desde una visión asociacionista.

El principal alcance de esta experiencia ha sido la realización de acciones que han dado respuestas concretas a las necesidades de la gente (comedores comunitarios, emprendimientos productivos, acuerdos con otras experiencias de lucha para conseguir puestos de trabajo, etc.) en una lucha constante contra la cultura clientelar. El principal límite ha sido la acotada respuesta a nivel laboral que han dado a la problemática de la desocupación.

Experiencias de Trueque de Córdoba y Neuquén

Por último, podemos sostener que las *Experiencias de Trueque de Córdoba y Neuquén* transforman el mundo a través de la generación de una forma alternativa de economía social contrapuesta a la lógica capitalista que se orienta a construir vínculos más humanizados y a re-significar la idea de trabajo a partir del concepto de prosumidor.

Los sujetos que forman parte de esta experiencia comparten una ubicación estructural de exclusión –momentánea o permanente– respecto al mundo del trabajo formal con la que logran romper parcialmente a partir de la idea de prosumidor, productor y consumidor a la vez. En ese sentido, el trueque es un espacio de intercambio de bienes y servicios generado en función de satisfacer las necesidades cotidianas y con aspiraciones de transformar el modo de producción y de intercambio del sistema capitalista. Ello a través de la no utilización del dinero vinculado directamente al excedente generado por la explotación capitalista; la resignificación del concepto de trabajo a través de la valoración de las capacidades de las personas, del desarrollo creativo y de la apreciación de los pequeños aprendizajes; la realización de prácticas de solidaridad, de intercambio justo y de contención afectiva; y la ruptura con la lógica competitiva, individualista y cosificante del capitalismo.

El principal alcance de esta experiencia fue que, si bien el trueque como práctica existía antes de la conformación de los nodos, el desarrollo de los nodos permitió ampliar los alcances y

las posibilidades de este modo de intercambio así como también contribuyó a que se conociera que existía un sistema distinto de producción y de intercambio distinto al capitalismo. El principal límite fue que, si bien el trueque se movió siempre entre las necesidades concretas y las aspiraciones de transformación social, las primeras en general siempre se sobrepusieron a las segundas.

Particularidades y tendencias compartidas

Este conocimiento situado acerca de los distintos procesos de transformación existentes en nuestro país ha sido resultado de un recorrido en el que nos hemos emocionado y en el que hemos aprendido maneras particulares de transformar el mundo, maneras que hemos querido a través de nuestro trabajo de investigación/articulación hacer disponibles para otras experiencias. No para que dichas experiencias repitan “lo mismo” a modo de receta sino para que ellas puedan ser apropiadas por otros y re-articuladas en función de sus propias prácticas. No existen recetas pero sí modalidades situadas de transformar el mundo y de crear otros mundos posibles que pueden ser socializadas. Probablemente, el mundo capitalista en el que vivimos ha sido descrito repetidas veces, pero el mundo mejor que queremos construir sólo surge de las experiencias mismas.

Este conocimiento situado nos muestra que, además de las particularidades de cada experiencia, existen algunas tendencias -en mayor o menor medida- compartidas entre estos procesos: la forma asamblearia de organización; la territorialización de las formas de lucha; la resignificación de “antiguos” espacios como la fábrica; el establecimiento de un tipo de relación con el Estado y los partidos políticos que respete los espacios de autonomía; la búsqueda de articulaciones con otros sectores sociales; el establecimiento de relaciones más igualitarias entre los géneros; la construcción de formas de sociabilidad más humanas; la generación de una

economía social que esté al servicio de la comunidad; etc. Todas estas tendencias y la existencia misma de las experiencias de lucha con las que nos hemos articulado, muestran los límites del sistema capitalista y que, como dice Foucault (1992), donde hay poder hay resistencia.

Este conocimiento situado, nos muestra que los procesos de transformación nunca son “puros” sino que siempre están condicionados así como también nos enseña que la construcción de un mundo mejor un mundo no es una meta que se alcance de una vez y para siempre sino un proceso permanente de lucha que va adquiriendo diferentes formas.

Este conocimiento situado, nos permite posicionarnos desde la articulación concreta con las diferentes experiencias de lucha, ante una variedad inmensa de discusiones teóricas que, de otro modo, hubieran permanecido en un nivel de abstracción desde el cual continuaríamos totalizando los distintos procesos de transformación social sin poder asomarnos siquiera a la complejidad y a las tensiones que caracterizan a los mismos.

Potencia y poder de la investigación militante como recurso metodológico

Por último, a nivel metodológico, nos habíamos propuesto generar reflexiones acerca de las estrategias metodológicas que implementamos en función de conocer las experiencias de movilización social que se vienen produciendo en América Latina y, específicamente, acerca de la Investigación Militante.

Como dijimos anteriormente, la investigación militante es aquella que busca producir formas de conocer y de hacer que construyen, desde situaciones concretas, el mundo que soñamos. Es pensar “en y desde” *la situación* entendida no como la parte de un todo sino como el modo en que lo universal aparece en lo local.

Esta modalidad investigativa, en tanto posición ético-política, tiene como presupuestos principales el *compromiso con la transformación social y la consideración del otro* no como objeto de estudio sino *como compañero de lucha* (Colectivo Situaciones, 2004a). Ella surge desde experiencias de producción de conocimiento sobre/contra los mecanismos de dominación y desde iniciativas que buscan producir pensamiento desde las propias prácticas de transformación tomando a la investigación como palanca de interpretación, subjetivación y recomposición política (Colectivo Situaciones, 2004a).

La investigación militante da una enorme centralidad a la *relación con el otro* al buscar alumbrar un sentimiento-acción en común. Ella rompe con esa visión desapasionada del conocimiento que lo separa de los contextos vitales, productivos y afectivos y más que proponerse “organizar a otros”, se plantea el problema de la propia autoorganización como modo de colaborar con la autoorganización de otros espacios colectivos (Colectivo Situaciones, 2004b).

Además, ella propone la conversación como método rompiendo de este modo la diferencia entre el “nosotros” y el “ellos”. Así, entiende que la investigación es un encuentro que produce sujetos y trabaja a partir de la potencia de lo que es y no a partir de la diferencia entre lo que es y lo que debería ser (Colectivo Situaciones, 2004a).

Inspirados en estas ideas fue que entendimos que el conocimiento de las experiencias de movilización social que queríamos estudiar, requería que nos insertáramos de algún modo en estos movimientos.

Diseñamos entonces una propuesta metodológica que contaba con tres grandes momentos. Uno primero donde nos proponíamos construir una mirada sobre el conjunto de la movilización social; uno segundo donde nos planteábamos establecer *articulaciones* con algunas experiencias de lucha (asambleas, trueque, fábricas recuperadas y movimientos de desocupados), articulaciones que se establecerían en dos fases: una primera fase más general, en el cual intentaríamos construir un primer mapa de la situación y una

segunda donde nos proponíamos realizar etnografías comprometidas de algunas de estas experiencias; por último, un tercer momento donde entendíamos podríamos realizar algunos cierres y aperturas en el marco de una instancia de devolución y diálogo con los sujetos que colaboraron en la investigación.

Sin embargo, y como muchas veces ocurre en la investigación sobre todo si ésta es de carácter cualitativo, este diseño inicial se vio modificado...Así, de los tres grandes momentos de la estrategia metodológica que habíamos diseñado en un principio, finalmente el momento que pudimos desarrollar aunque de un modo un tanto diferente al que habíamos planificado al principio, fue el momento de la articulación con las distintas experiencias. En concreto, lo que pudimos realizar fue articularnos con las diferentes experiencias de movilización social ocurridas en Córdoba y Neuquén a través del establecimiento de numerosas conversaciones con los distintos sujetos involucrados; realizando un seguimiento sistemático de la información aparecida en la prensa local de algunas de ellas y de lo producido por otros investigadores en torno a las experiencias; y realizando algunas observaciones participantes.

Los instrumentos de producción de datos que finalmente implementamos fueron fundamentalmente los siguientes: revisión de documentos (prensa local, publicaciones producidas por las mismas experiencias, web) y de producciones científicas de otros investigadores; conversaciones -o entrevistas semi-estructuradas- con los sujetos protagonistas de las experiencias; y observaciones participantes.

Como se verá, si bien los dispositivos de producción de datos que utilizamos no fueron necesariamente distintos de aquellos más “clásicos”. Sin embargo, fueron diferentes ciertos matices con los cuales dichos instrumentos fueron conceptualizados en el marco de la Investigación Militante y el modo en que ellos fueron articulados dentro de la totalidad de la estrategia investigativa.

Así, lo que nos proponemos aquí, es reflexionar acerca de cómo la idea de Investigación Militante ha funcionado -o no- como guía de nuestro proceso concreto de investigación y cuáles han sido, desde nuestra experiencia, las posibilidades-alcances-logros y los límites-restricciones-sujecciones de esta propuesta metodológica.

En términos generales, podemos decir que, aunque lo realizado es mucho y muy valioso, sentimos cierta insatisfacción. Ello debido principalmente a que, lo que en un inicio imaginamos -quizás de forma demasiado idealista- como un proceso de inserción en algunas de las experiencias de movilización social a través de la realización de etnografías comprometidas, no ha podido ser posible en la profundidad deseada en razón de distintas circunstancias.

En primer lugar, porque algunas de las experiencias elegidas ya habían dejado de existir como tales en el momento de nuestro trabajo de campo. Ese es el caso, por ejemplo, de las Asambleas Barriales de Córdoba o de los Nodos de Trueque en Neuquén. Este último, si bien sigue existiendo bajo la forma de Ferias, ha transformado sustancialmente el eje central que constituía nuestro principal interés, la idea de intercambio y de pro-sumidor.

En segundo lugar, han sido tantas y tan diversas las experiencias consideradas que, aunque habíamos diseñado la inserción a través de la realización de etnografías comprometidas en sólo tres de ellas (una experiencia de movimientos de trabajadores desocupados, una de fábricas recuperadas y fábricas recuperadas y una de nodos de trueque desarrolladas en Neuquén, lugar donde vivimos), el tiempo invertido en los otros momentos de la investigación y el tiempo que hubiera implicado la realización de las mencionadas etnografías, nos dejó escaso margen para concretar esta posibilidad.

En tercer lugar, más allá de que la existencia de múltiples simpatías y coincidencias con todas y cada una de las experiencias con las que nos hemos articulado, dichas simpatías y coincidencias muchas veces no han sido lo suficientemente profundas como para asumir un compromiso de militancia dentro de ellas. En ese

sentido, podemos decir que las afinidades que se requieren para poder participar de un proceso investigativo son de alguna manera mucho menores que las requeridas para participar como militante en un movimiento. O, expresado de otro modo, formar parte de una experiencia de lucha social requiere mucha más afinidad que la necesaria para llevar adelante un proceso investigativo en torno a la misma.

En cuarto lugar, al desarrollar el último tramo de nuestra investigación en el lugar donde actualmente residimos, el proceso de inserción en las experiencias de movilización social, si bien podría haberse visto facilitado por tener “más a mano” las experiencias, el mismo se ha visto finalmente obstaculizado por las actividades cotidianas (trabajo, estudio, hogar, etc.) las cuales se han constituido en interferencias respecto a las posibilidades de profundizar el trabajo de campo.

Asimismo, la inserción en experiencias de movilización social con las cuales actualmente convivimos y vamos a seguir conviviendo –a diferencia de insertarse en movimientos pertenecientes a otros lugares- implica de algún modo un mayor compromiso social con los sujetos que participan en ellas y con el entorno social en el que nos movemos debido a las distintas repercusiones que, a nivel de nuestras redes sociales, dicha inserción puede tener, compromiso que no siempre hemos estado en condiciones de asumir.

En quinto lugar, la inserción dentro de una experiencia requiere mucho más tiempo de trabajo de campo dedicado a la investigación que el que hemos tenido en esta oportunidad o del que puede llevar una investigación más “clásica”. Desde sus inicios, este proceso investigativo ha sido realizado con muy escaso financiamiento y ha tenido que ser, por esta razón, combinado con otros trabajos remunerados la mayor parte de los cuales han sido de tiempo completo.

Por último, y relacionado estrechamente con la disponibilidad de tiempo, otras experiencias vitales que hemos tenido durante esta

investigación (el regreso al país luego de más de cinco años de vivir en el exterior, el haberme tenido que insertar laboralmente en un nuevo lugar, el haberme casado, el haber construido mi primera casa, el haber tenido y estar criando a mis dos maravillosos hijos y estar esperando a una tercera, etc.) han hecho que gran parte de la energía que quizás hubiera podido volcar en este trabajo, fuera compartida “con” y repartida “entre” todas estas otras vivencias.

Sin embargo, a pesar de todos los límites señalados, también debemos mencionar las potencialidades-alcances-logros de este proceso de investigación, lo que sí hemos podido realizar mucho de lo cual ya hemos ido relatando en el presente apartado pero que ahora puntualizaremos.

En primer lugar, se pudieron establecer las conversaciones con los sujetos involucrados en las experiencias, conversaciones a las que hemos llegado a través de nuestras relaciones de confianza –lo que podemos decir le da una mayor confiabilidad a los datos producidos- y a partir de las cuales hemos buscamos entender y dar sentido al proceso de articulación establecido con las distintas experiencias.

De este modo, las reflexiones que hemos ido realizando no han sido análisis hechos “sobre” los procesos ni a partir de la distancia con el objeto/sujeto de estudio sino más bien han sido construcciones que, aunque personales, también han sido producto de un proceso colectivo. Asimismo, dichas reflexiones han sido consecuencia de un proceso productivo de transformación subjetiva tanto de nosotros como investigadores como de los sujetos con los que hemos ido estableciendo relaciones.

Por otra parte, al entablar todas y cada una de las conversaciones, hemos sentido necesario comunicar los intereses que motivan nuestra investigación –y que consideramos que compartimos con todas y cada una de las experiencias de lucha- en función no sólo de explicitar los propósitos de nuestro trabajo sino de entrar en un clima de confianza, hemos sentido como necesario comunicar

los intereses que motivan nuestra investigación. En ese sentido, nuestra postura no ha sido la de la neutralidad sino más bien la del posicionamiento político y el compromiso social compartido con otros.

Reflexiones finales

Para finalizar, quisiéramos decir, sobre todo tomando el aspecto metodológico de lo hasta aquí expuesto, que las articulaciones que establecemos en los procesos de producción de conocimiento son mucho más parciales y fragmentarias de lo que podemos soñar al inicio de nuestro trabajo. Ellas, como cualquier proceso de transformación social, están plagadas de potencialidades pero también llenas de limitaciones propias y ajenas.

El “otro” entendido “teóricamente” como sujeto, suele no ser “en la práctica” tan colaborativo como nosotros soñamos. Así, ese “otro” que es sujeto -más allá de que podamos o no conceptualizarlo como tal-, muchas veces no lee nuestras transcripciones, no responde nuestros mails, no vuelve a dialogar con nosotros más allá de alguna primera conversación, etc. quizás no porque no quiera sino porque sus intereses o sus prioridades son otros distintos a los nuestros, porque sus tiempos son otros, porque sus urgencias no son las académicas. Hay un tiempo de la ciencia que no es el de la práctica y hay unas reglas en el “campo científico” que no son las reglas del “campo social”.

Ese “otro” que idealizamos y que, de algún modo, nos fascina a la vez nos interpela, nos cuestiona, nos coapta, nos desilusiona, nos hace esperar... Darnos cuenta de esta dimensión del “otro” fue un aprendizaje valioso y doloroso a la vez, un aprendizaje que transitamos a lo largo de esta investigación.

Referencias Bibliográficas

- Butler, J. (1997). *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. España: Ediciones Cátedra – Universidad de Valencia – Instituto de la Mujer.
- Colectivo Situaciones. (2002a). *Asambleas, cacerolas y piquetes*. Disponible en <http://www.situaciones.org/>
- (2002b). *19 y 20: apuntes para el nuevo protagonismo social*. Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano.
- (2003a). *Causas y azares. Dilemas del nuevo protagonismo social*. Disponible en <http://www.situaciones.org/>
- (2003b). *Aquel diciembre... a dos años del 19 y 20*. Disponible en <http://www.situaciones.org/>
- (2004). Algo más sobre militancia de investigación. En Posse y otros (2004). *Nociones Comunes*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Colectivo Situaciones y MTD Solano. (2002). *La hipótesis 891. Más allá de los piquetes*. Buenos Aires: Ediciones de mano en mano.
- Ema, J. (2004). Del sujeto a la agencia (a través de lo político). *Athenea Digital* num. 5. primavera 2004. Disponible en: <http://antalya.vab.es/athenea/num5/ema.pdf>
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del Poder*. Madrid: La Piqueta.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra (1995).
- León, A. (2004) Anotaciones de la reunión del FIC del día 18-02-04. Documento inédito: “¿Cómo grupos igualitarios sobreviven en una sociedad de dominación?”

- Montenegro Martínez, M. (2001). *Conocimientos, Agentes y Articulaciones: Una mirada situada a la Intervención Social*. Tesis Doctoral no publicada presentada en la Universidad Autónoma de Barcelona, España.
- Parra, M.A. (2002). *Sociedad Civil, Movimiento Zapatista y Conflicto en Chiapas*. Tesis no publicada presentada para optar al grado de Maestra en Ciencias Sociales, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede México. Disponible en <http://200.76.166.7/biblioiberoamericana/TEXT/MCS/46156.pdf>
- Parra, M.A. (2012). *Argentina, un país en movimiento... Sujetos, acciones y articulaciones en torno a diciembre del 2001*. Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona. Año 2004-2012. Disponible en <http://hdl.handle.net/10803/96431>

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 2013 en el
Taller General de Imprenta de la UNC
Córdoba - Argentina